Comuneros de Castilla

PQ 6532
.L2 C7
Copy 1

198

OBRA TERMINADA

EL ANILLO DE SATANAS

(MEMORIAS DEL REINADO DE FERNANDO VI)

NOVELA HISTÓRICA ORIGINAL

DE

DON RAMON ORTEGA Y FRIAS

CONDICIONES DE LA PUBLICACION

Esta interesante obra, que consta de dos tomos, se repartirá por cuadernos de 32 páginas, en buen papel y esmerada impresion.

Sin embargo del lujo de la edicion, el precio de cada cuaderno sólo será

UN REAL EN TODA ESPAÑA

Se repartirá un cuaderno semanalmente; pero los señores suscritores que en vez de un cuaderno quieran recibir dos ó más, pueden indicarlo al repartidor y serán complacidos.

LÁMINAS DE REGALO

En el trascurso de la publicacion recibirán los señores suscritores excelentes láminas, que representarán los principales episodios de esta importantísima obra.

Está terminada, y su precio es 56 reales en toda España.

PUNTOS DE SUSCRICION

MADRID.—Administracion: calle de la Esgrima, núm. 2, 2.°, donde se dirigirán todos los pedidos y reclamaciones.

LOS COMUNEROS
DE CATALUÑA

Drama histórico en tres actos y en verso,

ORIGINAL

DE

D. JACINTO LABAILA.

Estrenado con estraordinario éxito en el teatro de la Libertad de Valencia la noche del 12 de Enero de 1871, á beneficio de la primera actriz D.ª Paulina Andrés.

VALENCIA.
Imprenta de Victòrino Leon, Libreros, 1.
1871.

PQ6532
.L2 C7

REPARTO.

PERSONAJES.		ACTORES.
Doña Ana de Navarra.. . . .	Sra.	Andrés.
D. Jofre de Castro.	Sr.	Domingo.
D. Pedro Beamonte..	»	Torromé.
Fr. Juan Cristóbal de Gualves, prior de la órden de predicadores de Barcelona.. . .	»	Faubel.
D. Guillen de Cardona. . . .	»	Troyano.
D. Hugo de Cardona.	»	Corona.
D. Roger de Eril.	»	Gomez.
D. Pedro Rocaberti, capitan de D. Juan II..	»	Rodrigo. (J.)
Beltran Lluch, escudero viejo	»	Llorens.
Un pregonero..	»	Rodrigo (C.)

Un religioso que no habla.

Capitanes, escuderos, pajes y soldados catalanes y aragoneses.

La accion del drama tiene lugar en 1462.

El primer acto sucede en Barcelona; el segundo y el tercero pasan en el Castillo de Cervera.

199188
13

AL EMINENTE POETA

DON JOSÉ ZORRILLA.

Hace muchos años, cuando yo era casi niño, encantaban los oidos españoles *El Zapatero y el Rey*, *Sancho Garcia* y muchas obras líricas y dramáticas de V., pues entonces eran frecuentes los inspirados partos de su musa, y el gusto del público no estaba pervertido: entonces las obras de V. fueron las que en mí despertaron el deseo de escribir para la escena, y desde mi adolescencia el nombre ilustre de Zorrilla fué mi ídolo literario.

Mas tarde fuí nombrado mantenedor en la Justa poética anual de los *Juegos florales* de Barcelona, y allí conocí á V. en un momento para mí solemne: desde ese momento me distingue V. con cariñosa amistad, amistad que yo no sé cómo agradecer.

Hoy, que en uno de los teatros de mi pais he visto estrenar *Los Comuneros de Cataluña*, con ruidoso éxito, he creido que V. que tan favorable opinion habia formado de esta obra, se dignaria honrar con su nombre brillante la primera página del drama de un poeta oscuro.

Se lo dedica á V., pues, no como tributo á su esclarecido nombre, que este tributo no seria digno de él, sino como testimonio del leal cariño que le profesa su amigo

Jacinto Labaila.

Valencia 18 de Enero de 1871.

ACTO PRIMERO.

Cámara gótica amueblada con severidad y segun la época; en medio, hácia el proscenio, una gran mesa de roble, encima de la que hay varios objetos cubiertos con un damasco encarnado; al lado de la mesa dos sillones góticos: puerta al foro sobre la que está colocado un retrato de medio cuerpo del príncipe de Viana: puertas laterales en primer término; en el segundo y á la derecha, un mirador. Es de dia.

Al levantarse el telon aparece BELTRAN LLUCH asomado al mirador: al empezar el acto se oyen murmullos, voces y tumulto en la calle, que van en aumento hasta el final de él, pero siempre de modo que no impidan oir la representacion.

ESCENA I.

BELTRAN LLUCH (al mirador.)

Tarda en volver y la espero
con impaciente zozobra,
que mucha gente en la plaza
atumultada se agolpa,
y temo que algun fracaso
acontezca á mi señora.
Qué veo? Dos encubiertos,
con la fuerza poderosa
de sus puños, se abren paso
hasta esta casa... ¡oh, ahora
los reconozco! aquí vienen.
Son D. Guillen de Cardona
y D. Jofre, el valeroso
campeon de nuestras glorias,
segundo padre que vela
y que guarda á mi señora;
¡Dios nos conserve su espada
para la campaña próxima!

ESCENA II.

Dicho, D. JOFRE y D. GUILLEN.

D. JOFRE. Beltran?
BELTRAN. Señor...
D. JOFRE. Doña Ana?
BELTRAN. Vendrá pronto.
D. JOFRE. Salió sola?
BELTRAN. Poco menos; la acompaña
su anciana y leal servidora
Berta: es domingo y fué al-templo
á la santa ceremonia.
D. GUILLEN. No están los tiempos que corren
para consumir las horas
en oraciones y preces;
damas queremos, no monjas;
damas que el valor inflamen
del caballero que adoran.
D. JOFRE. No, no es prudente ir al templo,
que hirviendo está Barcelona,
y si armas en ella hiciese
el pueblo en su justa cólera,
quizás corriese algun riesgo
esa existencia preciosa...
preciosa para la pátria.
D. GUILLEN. Rumor sordo hay por ahora, *Asomándose al mirador.*
nada mas.
BELTRAN. Vendrá enseguida. *A D. Jofre.*
D. JOFRE. Retírate.—(Dios le oiga!) *A Beltran.*

ESCENA III.

D. JOFRE y D. GUILLEN.

D. GUILLEN, vuelto de espaldas á D. JOFRE, contempla el retrato del príncipe de Viana; D. JOFRE, aprovechando este momento, destapa el damasco de la mesa y besa por la cruz una espada que hay sobre otros muchos objetos; al volverse D. GUILLEN sorprende la accion á D. JOFRE, pero sin ver la prenda que besa; éste cubre apresuradamente la espada con el damasco, y aquel se rie como indicará el diálogo.

D. GUILLEN. Parece lleno de vida
don Cárlos, que de Dios goza! *Al retrato.*
D. JOFRE. (Recibe, reliquia ilustre,

esta ofrenda cariñosa! Besando la espada.

D. GUILLEN. ¡Já, já, don Jofre! Riendo.

D. JOFRE. ¡Es impía
esa risa que retoza
en tus lábios!

D. GUILLEN. He de verte
con seriedad casi heróica,
si sorprenderte he logrado
besando prenda amorosa
que ocultas... cual pajecillo
que sorprende su señora!..

D. JOFRE. No es prenda de amor.

D. GUILLEN. Don Jofre,
apenas mis barbas sombra
dan á las mejillas; tierno
mancebo soy, mas con gloria
triunfos alcancé en la guerra,
logré en el amor victorias,
y sé leer, aunque mozo,
en las páginas recónditas
del corazon, los secretos
que en él el amor ahoga.
Adivino de quién viene
esa dádiva amorosa,
y sé dónde vá ese beso
que ardiente la dió tu boca.

D. JOFRE. Quiero, don Guillen, probarte
que yerras, que te equivocas.
Esta es la prenda. Saca la espada.

D. GUILLEN. Una espada?

D. JOFRE. Una reliquia! Con respeto.

D. GUILLEN. Me asombras!

D. JOFRE. Reverencia como debes
esta espada milagrosa:
el príncipe de Viana, Con veneracion.
don Cárlos, que de Dios goza,
fué su dueño.

D. GUILLEN. ¡Gloria al mártir

D. Guillen se descubre y besa la espada con reverencia.

que la blandió con tal gloria!

D. JOFRE. Caudillo de nuestra causa,
aun la bandera tremola
de la libre Cataluña,
de la noble Barcelona:
desde el fondo de su tumba

sale ese grito que asorda. Por el de la calle que se oye mucho.
Por su pátria independencia
gritando está á todas horas;
y contra el hollado fuero,
y contra promesas rotas,
para sacudir el yugo
que á todos nos abochorna,
alza á todo el Principado,
á Valencia y á Mallorca.

D. GUILLEN. Para defender la pátria
que los tiranos deshonran,
jamás ha sido la última
la espada de los Cardonas.

D. JOFRE. Lo sé, D. Guillen. Esconde la espada debajo del damasco.

D. GUILLEN. Del príncipe
la causa es la nuestra propia.

D. JOFRE. La de todo catalan
que tenga rubor y honra.

D. GUILLEN. Y por ella lucharemos
mientras podamos la cota
ceñir y blandir la espada.

D. JOFRE. Mientras que la sangre corra
por nuestras venas, luchemos
dignos de esta pátria heróica.

D. GUILLEN. Y de nuestra raza.

D. JOFRE. Eres Estrechándole la mano con efusion.
un verdadero Cardona.

D. GUILLEN. Pues por leal caballero,
como merezco, me tomas,
voy á decirte porqué
creía que una amorosa
prenda besabas.

D. JOFRE. Saberlo
deseo.

D. GUILLEN. Si no te enojas,
te diré que he sorprendido
un secreto que te agobia.

D. JOFRE. Un secreto?..

D. GUILLEN. Sí.

D. JOFRE. Veamos
si como antes te equivocas.

D. GUILLEN. A doña Ana de Navarra
con ciega pasion adoras.

D. JOFRE. Yo!..

D. GUILLEN. Ella encendió en tu pecho
del amor la ardiente antorcha.

D. JOFRE. No... Don Cárlos de Viana
me encargó de su custodia
al morir... yo... su tutela
admití con vanagloria,
y con paternal cariño
la quiero... es huérfana, sola
en el mundo... hija ilegítima,
de estirpe régia, y... destroza
mi alma verla tan noble,
y tan digna, y... tan hermosa,
entre tantas soledades
como el señor la coloca!

D. GUILLEN. Al encargarte don Cárlos
su tutela, en la memoria
conservo que vacilaste
en admitir su custodia;
y tú eres fiel á su bando,
y en tu corazon no moran
ni ingratitud ni inconstancia;
tu nobleza la pregonan
los pecheros y los nobles;
tu blason, tu ejecutoria
ni por sueño has empañado
con una accion vergonzosa:
porqué vacilaste pues?

D. JOFRE. Por diferir esta honra
á otro mas digno.

D. GUILLEN. Mas digno?
No le hay en Barcelona.
Don Jofre, no eres ingénuo.—
La delicadeza propia
del caballero causaba
tu vacilacion honrosa.—
No querias que asomase,
—y el pensarlo aun te sonroja,—
tras el tibio amor del guarda,
el fuerte amor del que adora
á la mujer de sus sueños
con una pasion indómita.

D. JOFRE. No, don Guillen.

D. GUILLEN. ¿No soy digno
á tu parecer de otra
respuesta mucho mas franca?
La merezco tan hipócrita?

D. JOFRE. Pues bien, don Guillen; tú solo
vas á oir lo que hasta ahora

á ninguno he revelado...
lo que en la parte mas honda
de mi corazon oculto
y no ha salido á mi boca
por temer... hasta que el aire
lo publicase en la atmósfera.—
Entre doña Ana y la pátria
se divide mi alma toda.
La libertad y el amor
son mis pasiones fogosas.
Ella es hija de don Cárlos,
es la figura simbólica
del sueño de Cataluña,
y es la imágen cariñosa
del amor tierno, infinito,
que mi alma grande atesora.
No puedo querer la una
sin idolatrar la otra;
esa mujer y la pátria
no son para mí dos cosas,
son dos partes de una idea;
mas son una idea sola.

D. GUILLEN. Mucho lo siento.

D. JOFRE. Lo sientes!..

D. GUILLEN. Sí.

D. JOFRE. Sientes que, cariñosa
mi alma que al amor se abre
con una espansion incógnita,
ame á tan ilustre dama,
á tan gallarda señora?
Es que temes por ventura
que los que no me conozcan
crean que amo á doña Ana,
porque en su frente sin sombra
pudiera ostentar un dia
el brillo de una corona?

D. GUILLEN. No.

D. JOFRE. Por esa sola causa
aquí mi pasion se ahoga,
y no ha subido á mis labios
en palabras hasta ahora.

D. GUILLEN. Siento tu amor á doña Ana,
porque con terquedad loca
penetrar un dia pude
en su alma misteriosa,
y allí ví arder una llama

con fuego voraz.

D. JOFRE. Cardona,
por piedad; dime si arde
su llama por esta otra?... Señalando á su corazon.

D. GUILLEN. No, don Jofre; que esa llama
encendió con mano pródiga
Don Pedro Beamonte.

D. JOFRE. Cielos!

D. GUILLEN. El luchó y de la victoria
el láuro ciñó.

D. JOFRE. Mis sueños
como nubes se evaporan,
cuando el sol de la verdad
sus rayos de fuego arroja!...

D. GUILLEN. Ese navarro ambicioso
tiene la fortuna próspera!

D. JOFRE. Ella le ama?

D. GUILLEN. Con delirio.

D. JOFRE. Se corresponden?

D. GUILLEN. Se adoran.

D. JOFRE. Que la haga feliz don Pedro,
ya que no alcanzo esa gloria.

D. GUILLEN. Y los casarás?

D. JOFRE. Si se aman...
sí, sí.

D. GUILLEN. Alma generosa
es la tuya; solo hidalgos
sentimientos de ella brotan.

D. JOFRE. Que nunca el mundo... ni ella,
ni ella... que nunca oigan
mi amor, que entierro en la tumba
de mi pecho desde ahora.

D. Jofre queda ensimismado desde la revelacion de D. Guillen; crece el tumulto y las voces de la calle. D. Guillen se asoma al mirador.

D. GUILLEN. Sabes que es de caballeros
mi linaje; los Cardonas
para los secretos tienen
una mordaza en la boca.

D. JOFRE. (Ama á otro!)

D. GUILLEN. Crece el tumulto;
la multitud brama ronca
cual mar revuelta; cual ella
levanta gigantes olas.

D. JOFRE. (Que la haga feliz!)

D. GUILLEN. Doña Ana

Al oir D. Jofre el nombre de Doña Ana se asoma tambien al mirador.

allí está; en vano ambiciona
llegar aquí... mas qué veo?...

D. JOFRE. De un caballero se apoya
en el brazo; él la abre calle
con su fuerza prodigiosa.
El la salva! Con alegria.

D. GUILLEN. Y lo agradece Con burla.
ella.

D. JOFRE. Quizás le conozca.

D. GUILLEN. Y tú tambien le conoces;
es D. Pedro...

D. JOFRE. Ella le adora!

D. GUILLEN. El en el átrio del templo
la aguardaba...

D. JOFRE. Me destrozas
el pecho... Calla!

D. GUILLEN. Ya suben.

ESCENA IV.

Dichos, DOÑA ANA y DON PEDRO.

D. GUILLEN. Y vienen los dos! A D. Jofre.

D. JOFRE. (Recobra,
pecho mio, el valor de antes;
sé hombre!)

D. GUILLEN. Entre dos amantes,
don Jofre, estamos de sobra.
(Mudo está... ni contradice.)

D.ª ANA. Padre mio!... ¡Estoy ufana
Sale Doña Ana y se hecha en brazos de D. Jofre.
de encontrarte aquí!...

D. JOFRE. ¡Doña Ana,
yo tambien!... (Padre me dice!)

D.ª ANA. Me trae mi salvador. Por D. Pedro.

D. JOFRE. Todo con afan lo ví.—
Estrecha la mano á D. Pedro dándole las gracias.

D. PEDRO. Solo mi deber cumplí.

D. JOFRE. Lo ví desde el mirador.

D.ª ANA. Y qué ha resuelto el concejo? A D. Jofre.

D. JOFRE. Su resolucion postrera
toda la ciudad espera,
y por saberla te dejo.

D.ª ANA. En su lealtad confío,
y no hago al concejo agravios;

Vé... que quiero de tus labios
conocerla, padre mio.
Si han de jugar los aceros,
si vais en guerra á empeñaros,
por esos objetos caros,
Por las prendas que hay sobre la mesa.
que vengan los caballeros.
Prendas de mi padre son;
restos que él deja en la tierra;
que sean en esta guerra
reliquias de bendicion.

D. JOFRE. Pues lo que haya decidido
el concejo te diremos. Dejando á D.ª Ana con violencia.

D. GUILLEN. Vamos, vamos.

D. JOFRE. Sí; marchemos.

D. GUILLEN. (Don Jofre, estás muy herido! Al salir.

ESCENA V.

DOÑA ANA, DON PEDRO.

D.ª ANA. Además de enamorada
me tienes agradecida,
pues me has salvado la vida
con tu valor y tu espada;
y yo esperaba entretanto
á poder manifestarte
cuánto más consigo amarte
desde que te debo tanto.

D. PEDRO. Y con recompensa tal
Estos versos los dice D. Pedro en brazos de D.ª Ana.
loco estoy en este instante,
que en mí tienes el amante,
el amante mas leal.
El que en su escudo por lema
ha escrito «*el amor ardiente*;»
el que desea en tu frente
el brillo de la diadema;
el que te ha de conquistar
un cetro... para apoyarte,
un trono... para sentarte,
y un reino... para reinar.
D.ª Ana se desprende y se separa de los brazos de D. Pedro.

D.ª ANA. Desecha ya por favor
ambiciosos pensamientos;
piensa en todos tus momentos

solo en mí y en el amor,
que yo solo pienso en tí,
en tí pienso eternamente.
Dí, don Pedro, francamente
si tú me quieres así.

D. PEDRO. Quisiera que bien juzgases
la inmensidad de la llama
que mi corazon inflama,
y que no la equivocases.
De una fuerza superior
yo siento un amor gigante:
no ambicioso, soy amante;
y ambiciono por amor.
Y por perfecciones tantas
mi cariño es tan profundo,
que rendir quisiera al mundo
para escabel de tus plantas.
Este es un deseo loco
de mi ardiente frenesí;
mas, doña Ana, para tí
todo me parece poco.

D.ª ANA. Yo no necesito el fausto
con que el poder se engalana;
deja al que por él se afana
que le rinda su holocausto.
A amar aprende de mí,
que puedo enseñarte el modo;
yo, que me olvido de todo
para acordarme de tí.

D. PEDRO. Amor mio! sin cesar
quiero oir tu tierno acento!
¡Cuándo llegará el momento
de que te lleve al altar!

D.ª ANA. Cuando don Jofre regrese
le pediremos licencia;
antes debí ya en conciencia
hacer que mi amor supiese.

D. PEDRO. Eso no.

D.ª ANA. Eso al momento.

D. PEDRO. Si una oposicion fatal...

D.ª ANA. No estrecho el lazo nupcial
si él no dá el consentimiento;
y lo dará á su venida,
pues de mi dicha se trata,
y estrechará el lazo que ata
dos vidas en una vida;

y en nuestros tiernos amores,
por toda una eternidad,
la hermosa felicidad
verterá todas sus flores.

Pausa.

Cuando yo la dicha evoco!
Callas... y es tu amor inmenso!
Callas!...

D. PEDRO. Callo... porque pienso
que para tí soy muy poco.—
Mi hermano D. Juan, magnate
de Navarra, nuestro bando
allí está capitaneando
y aprestándose al combate;
señor y adalid, se entrega
á él Navarra á discrecion;
mas yo soy el segundon
de mi casa solariega.
Y aunque hijo de caballero
que escudo muy noble empuña,
he venido á Cataluña
casi como aventurero.
Mi valor y mis afanes
hoy recompensa me dan;
por ellos soy capitan
de los tercios catalanes:
pero á tí te ha visto el mundo
en régia cuna mecida;
un Príncipe te dió vida,
nieta de don Juan segundo;
yo que tu amor pretendí
y tu amor he merecido,
soy un malsín si no cuido
de hacerme digno de tí.—
Yo pues, como amante fiel,
tu drecho válido quiero,
y yo colocarte espero
bajo de régio dosel.
Y me deberás, doña Ana,
al terminarse mi empresa,
de tu altura de Princesa,
ascender á soberana.

D.ª ANA. Bien me correspondería
si sobre mi régia cuna
no arrojara la fortuna
la mancha de bastardía.

D. PEDRO. No la suerte, don Juan fué
quien con su influencia toda
desbarató cuanta boda
trató tu padre.

D.ª ANA. Lo sé.

D. PEDRO. La Reina con intencion
esto del Rey consiguiera,
porque tu padre no hubiera
legítima sucesion;
con villanía pensando
en su ambicion incesante
así hacer Rey al infante,
al infante don Fernando;
pero se engañan, doña Ana;
yo tengo esta idea fija:
antes que él está la hija
del Príncipe de Viana,
del Príncipe sucesor
en el trono de don Juan;
claros tus drechos están;
muerto tu padre y señor,
tú le heredas, óbvio es,
y tu origen no me inquieta:
eres su hija, eres la nieta
del monarca aragonés.
Y, aunque el cielo te abandona,
¡voto á las barbas que peino!
que te he de lograr tu reino,
te he de alcanzar tu corona!

D.ª ANA. Es inútil tu desvelo;
no la puedo codiciar;
debo á don Juan respetar...
Don Juan es mi ilustre abuelo.
Aunque tuviera ambicion
la desechara al instante,
que no está el trono vacante
de Navarra y de Aragon.
Cataluña es otra valla;
él es su Conde por ley:
mientras don Juan sea Rey
tengo de ser su vasalla.

Oyese dentro el sonido de una corneta y despues el siguiente pregon que interrumpe la escena y que por el mirador abierto debe llegar con claridad á los oidos de los espectadores.

Pregonero. Dentro. Atencion! Atencion! Atencion!

«Por cuanto el Señor Rey don Juan II ha pagado tan mal los esfuerzos del Principado en favor del Príncipe de Viana; por haber desconocido nuestra lealtad y fidelidad á su Real persona; (1) (por haberse aliado con el Rey de Francia contra los catalanes, empeñando en garantia los condados de Rosellon y Cerdaña, indisolublemente unidos á Cataluña; por haber armado contra la *tierra* á los *payeses de la remensa*;) por haber quebrantado el convenio de Villafranca y faltado á las leyes y libertades del Principado solemnemente juradas por él; se le destituye del condado de Barcelona y se le declara enemigo público, así como á la Reina doña Juana, á sus consejeros y servidores y á todos los que con él formen causa comun.»

(1) Lo que sigue entre paréntesis puede suprimirse en la representacion, si así lo cree conveniente el Director de escena.

D. PEDRO. Ves?... ya te dan tu corona;
ya has escuchado el pregon;
ya el monarca de Aragon
no es Conde de Barcelona.
Con valor el cetro empuña
que te arrojan en el suelo;
pues lo arrancan á tu abuelo,
sé Reina de Cataluña.

D.ª ANA. Olvida esa idea fija;
reinar no me corresponde;
eso pertenece al Conde
que Barcelona se elija.

D. PEDRO. Pero...

D.ª ANA. De esto no hables ya...
te he escuchado con largueza,
y veo en tí una flaqueza,
que sentimiento me dá... *Afligida y llorosa.*

D. PEDRO. (Si me he descubierto ignoro...
pero prudencia.) Te alteras?—
Piensa de mí lo que quieras,
pero piensa que te adoro. *Ella llora.*
Y no obstante no te calmas!—
¡Que estoy esperando olvidas
unir en una dos vidas,
fundir en una dos almas,
y que en tan tiernos amores,

por toda una eternidad,
la hermosa felicidad
derrame todas sus flores!

D.ª ANA. Perdona si te ofendí.— Consolándose.

D. PEDRO. Perdon con amor te ofrezco.

D.ª ANA. No sabes lo que padezco
siempre que dudo de tí.

ESCENA VI.

Dichos, D. JOFRE.

D. JOFRE. Concejo y Diputacion
acaban de decidir,
ha poco, destituir
al monarca de Aragon
de Conde de esta ciudad;
porque don Juan ha probado
que es traidor al Principado,
traidor á la libertad.

D. PEDRO. El pregon...

D.ª ANA. Al pregonero
desde el mirador oimos.

D. PEDRO. Con alegria supimos
un fallo tan justiciero!

D. JOFRE. Con gran precipitacion
para luchar con don Juan,
lanzas y ginetes van
á formar una legion;
Juan de Marimon ahora,
por órden de Cataluña,
de Santa Eulalia ya empuña
la bandera protectora.
Por el Concejo, doña Ana,
que así lo ha determinado,
soy el capitan nombrado
de la hueste catalana;
y yo, que en mi lealtad
honra tengo de mi suerte,
voy con mi hueste á la muerte
ó voy á la libertad.

D.ª ANA. ¡Digno eres de ser caudillo
de Cataluña!

D. PEDRO. El Concejo
acertó.

D.ª ANA. Eres el espejo

do muestra el honor su brillo.

D. JOFRE. Coloreándome estás:
solo el deber cumplir quiero
siempre: soy un caballero
que ama á su pátria y no mas.

D. PEDRO. ¿Y la hora de partir
está cerca?

D. JOFRE. Está sonando:
los capitanes del bando
pronto van aquí á venir,
para recibir ufanos,
como joyas apreciables,
esas prendas venerables,
de esas tus ilustres manos.

D.ª ANA. Que vengan pues en buen hora,
y, esperando esa ocasion,
oye la revelacion
que yo debo hacerte ahora.—

D. JOFRE. Habla pues.

D.ª ANA. Hace ya un año
que es al corazon estrecho
el pecho, y dentro del pecho
me late de un modo estraño.
Hoy analizo muy bien
porqué el alma así latió.

D. JOFRE. (Un año hace que yo
siento latirla tambien.)

D.ª ANA. Late así; pues sin resguardo
mi juventud inesperta,
al amor abrió la puerta,
y amor le clavó su dardo.

D. JOFRE. (Como á mí.)

D.ª ANA. Y de esta herida
tan ardiente y enconada,
pronto se vió contagiada
en otro pecho, otra vida.

D. PEDRO. La mia. Yo, en amar tardo,
amé por la pasion tuya;
sufrí de la herida suya,
me envenené con su dardo. A D. Jofre.

D.ª ANA. Hoy ama y amado es.

D. JOFRE. (Yo, que aparezco sereno,
yo... estoy bebiendo el veneno
de la herida de los tres!...)

D.ª ANA. Con mútua correspondencia
en nuestros tiernos amores,

por una senda de flores
deslizamos la existencia:
y ya para complemento
de la dicha que soñamos,
tan solo necesitamos,
padre, tu consentimiento.
Tu hija, de dicha avara,
te lo pide.

D. JOFRE. (Corazon!)

D.ª ANA. Si nos dás tu bendicion,
buscaremos la del ara.

D. JOFRE. Yo... mas don Pedro está mudo;
no le veo apasionado
como á tí... ¿no es de su agrado
el estrechar ese nudo?

D. PEDRO. Don Jofre, la quiero bien;
deseo hacerla felice:
cuanto doña Ana ahora dice,
lo dice por mí tambien.

D. JOFRÊ. Por ella es mi afecto ciego...
Por ella abrigo temor,
porque soy... su guardador...
y he de ver cómo la entrego.
Tu amor es ardiente, fiel? A D.ª Ana cogiéndole la mano.
¿Tiene tu amor tal locura,
que no concibes ventura
si no la recibes de él?

D.ª ANA. No, don Jofre. Asiendo la mano à don Pedro.

D. JOFRE. ¿En tí destella
amor igual claridad,
y no ves felicidad
si no la recibes de ella?

D. PEDRO. No, don Jofre.

D. JOFRE. ¿El pensamiento

Juntando las manos de ambos y atrayèndoselos.

abriga la conviccion
de que eso es una pasion
y no el afan de un momento?

D.ª ANA. Sí.

D. PEDRO. Sí.

D. JOFRE. Entonces... os bendigo.

Desasiéndose de ellos y haciendo un esfuerzo supremo.

Sed uno... Dios de su altura...
que os reparta... la ventura...
(que no repartió conmigo!)

D.ª ANA. Agradezco esa afeccion
con la que tú nos bendices,
padre!

D. PEDRO. Seremos felices...

Pasa al lado de D.ª Ana, y se estrechan las manos.

D. JOFRE. (Rasgándome el corazon!)

Pausa.

D.ª ANA. Pues ya soy tu prometida
y en todo á tí me sujeto, A D. Pedro.
te revelaré un secreto...
el único de mi vida.

D. PEDRO. Dí.

D. JOFRE. Me debo retirar...
que acaso á él no le cuadre... Por D. Pedro.

D. PEDRO. Quédate.

D.ª ANA. Eres mi padre,
y lo debes escuchar.

Doña Ana se dirije á la izquierda y junto al muro de la puerta lateral de la izquierda toca un resorte; se levanta una ventanilla de madera que deja ver una abertura cuadrada en la que mete la mano y saca un cofrecillo de yerro.

D. PEDRO. Un resorte... encierra allí
un cofrecillo...)

Siguiendo con los ojos la operacion de D.ª Ana.

D. JOFRE. (Mirarla,
es no poder olvidarla.)

D.ª ANA. Ya está mi secreto aquí.

Llega hasta ellos D.ª Ana con el cofrecillo, que abre con una llave que lleva al cuello pendiente de una cadena de oro; del cofre saca dos pergaminos; D. Jofre le toma el cofrecillo y lo deja sobre la mesa.

D.ª ANA. Estos pergaminos son
dos cartas de trascendencia: Con ellos en la mano.
son de mi padre la herencia...
son una revelacion.
Que existen el mundo ignora
y aún lo tiene de ignorar:
nunca habeis de declarar
lo que á saber vais ahora.

D. JOFRE. Lo prometo.

D. PEDRO. Lo prometo.

D.ª ANA. Cuando mis manos los toman
las lágrimas se me asoman;
Lée de mi padre el secreto.

Le da á D. Jofre un pergamino; éste lée lo que sigue.

D. JOFRE. Leyendo. «Mi muy amada hija doña Ana: como á mi muerte te has de hallar desamparada por ser hembra; odiada, por haber nacido de mí; perseguida por el Rey don Juan y amenazada de muerte por mi madastra doña Juana Enriquez, que pudiera ver en tí una sombra de derecho á suceder en el trono, perjudicando á su hijo D. Fernando; he hecho escribir y firmar el adjunto pergamino, que debe ser para tí un talisman que pueda salvarte la vida cuantas veces la pongan en riesgo mis implacables enemigos. Amenazando á D. Juan II con la publicacion del adjunto pergamino, conseguirás de él cuanto desees. Dicho pergamino está escrito, firmado y rubricado por otra víctima, como yo, de la ambicion de mi madastra. Tu padre, Cárlos, Príncipe de Viana, primogénite de Aragon y de Sicilia.»

D. PEDRO. La víctima de don Juan!

D.ª ANA. Padre! Llorando.

D. JOFRE. Cruel fué su destino!

D.ª ANA. Lée este otro permino
que puede ser talismán.

Entrega á D. Jofre el otro pergamino; éste lée.

D. JOFRE. Leyendo. «Confieso y declaro que el Príncipe de Viana muere envenenado en el Castillo de Morella por un emisario de D. Juan II que le ha proporcionado una muerte lenta con el ausilio de ciertas píldoras, que yo dejaba servir en sus platos, porque me hizo creer que servían para dar vigor á la sangre; yo tambien las usaba, hasta que, viendo al Príncipe agonizante, analicé las píldoras y ví que contenian veneno lento, pero eficaz; probablemente moriré de la misma muerte que el real prisionero; á sus ruegos y en su agonía escribo, firmo y rubrico la presente en el Castillo de Morella.—Castells, repostero del Príncipe de Viana.

D. JOFRE. Nadie al público rumor Indignado.
á desmentir ya se atreva;
si dél buscamos la prueba,
¿para qué prueba mayor? Por el pergamino.

D. PEDRO. Cuanto en ello mas medito,
más mi ódio á don Juan acrece;
no corona real, merece
la corona del delito.

D. JOFRE. Jurado estaba heredero

don Cárlos de la corona
por la leal Barcelona,
por ser el hijo primero
de don Juan, y el sucesor
segun la ley; para hacer
que él no llegára al poder
de monarca y de señor,
la criminal doña Juana,
y su esposo criminal,
al primogénito real
abrieron tumba temprana:
y con la sangre humeando,
sobre el cadáver caliente,
quieren ceñir en la frente
la corona á don Fernando;
mas vanos son los afanes
que á esta idea los aferra,
mientras ocupen la tierra
los hidalgos catalanes!

D. PÉDRO. Soy el prometido esposo
de doña Ana; es mi deber
por lo tanto, protejer
á la que me hace dichoso.
Directamente me alcanza
la herencia del pergamino;
su destino es mi destino,
su venganza es mi venganza.

D.ª ANA. Esposo digno elegí:
tu brio me satisface;
en el alma me complace
oirte espresar así.

D. PEDRO. Para nada aventurar
en las manos de la suerte,
si yo debo defenderte
esa arma debo guardar,
los pergaminos.

D.ª ANA. Bien.

D. JOFRE. No.
Los guardas tú; él no piensa
que son ellos tu defensa.

D. PEDRO. (Me los quita!)

D. JOFRE. Mas sí yo.

Don Jofre entrega el cofrecillo á doña Ana.

Ten esas cartas cerradas,
que ellas á salvarte tienden;
esas cartas te defienden

mejor que nuestras espadas.

Doña Ana cierra las cartas en el cofrecillo; vá á la abertura de la pared y lo oculta en el sitio de donde lo sacó; deja caer la ventanilla, y el muro queda perfectamente cerrado, como antes.

D.ª ANA. Nadie hasta hoy descubrió
este resorte oportuno.

D. Pedro no aparta los ojos del escondite del cofrecillo, hasta el fin de la escena.

D. JOFRE. Nadie, doña Ana?
D.ª ANA. Ninguno
lo conoce.
D. PEDRO. (Lo sé yo.)
D. JOFRE. Pues si tú no desconfias,
bien en ese encierro están
las cartas, tu talisman
prodigioso.
D. PEDRO. (Serán mias!)

ESCENA VII.

Dichos, BELTRAN.

BELTRAN. Muchísimos caballeros
en traje de guerra aguardan
que mi señora lo ordene,
para dejar la antecámara
y penetrar presurosos
hasta esta apartada estancia.
Fray Juan Cristóbal de Gualves
hasta aquí los acompaña.
D.ª ANA. Haz que entren.
BELTRAN. Será cumplido
el mandato. Váse.
D. PEDRO. (En esas cartas
está el trono!) Siempre con su idea fija.
D. JOFRÉ. Ya invaden
los caballeros la cámara.

ESCENA VIII.

DOÑA ANA, DON JOFRE, DON PEDRO, FRAY JUAN CRISTOBAL DE GUALVES, DON GUILLEN Y DON HUGO DE CARDONA, DON ROGER DE ERIL, BELTRAN, caballeros catalanes, escuderos y pajes.

DOÑA ANA está sentada; los caballeros entran precedidos por GUALVES, el que se dirije á DOÑA ANA.

GUALVES. Permite que la flor de los magnates
que encierra la nobleza catalana,

séquito ilustre que mis pasos sigue;
permite, escelsa y bondadosa dama,
que al aprestarse á formidable lucha,
venga á inclinarse á tus egrégias plantas.

D.ª ANA. Esta muestra de afecto me enternece;
mas no merezco distincion tan grata.

D. ROGER. Sí; que eres hija del ilustre Príncipe
que entera Cataluña idolatraba.

D. HUGO. Sí; que á vengar corremos la memoria
del desdichado Príncipe de Viana.

D. GUILLEN. Sí; que juramos todos en su tumba
vengar su muerte y defender su causa.

GUALVES. Ya, señora, lo ves; su escelso nombre
es el único grito de batalla,
que al combate lanzando á Cataluña,
sus leyes viendo y libertad holladas,
contra el monarca de Aragon arroja
con lábio ardiente la ofendida pátria.
El Rey que huella las juradas leyes,
como don Juan holló de Villafranca
el convenio ajustado, es tan rebelde
como el vasallo que á las leyes falta.
Los Reyes de Aragon son nuestros condes
mientras cumplen las leyes catalanas;
por nuestra voluntad son soberanos,
si nuestro fuero y libertad acatan;
por nuestra voluntad su señorío
comienza siempre y cuando es justo acaba.
El Concejo obró bien; y en este instante,
una órden justa que se cumpla manda,
la de dar libertad á los *payeses*
de la remensa.

D. JOFRE. Providencia sábia!—
La tierra, que una lucha gigantesca
para lograr sus libertades traba,
no debe consentir que haya un esclavo
en la estension que su recinto abarca.

D.ª ANA. El Concejo obró bien.

D. PEDRO. Por sus acuerdos
merece universales alabanzas.

D. JOFRE. Sigamos todos tan loable ejemplo:
nuestro valor probado, nuestras armas,
que con gloria brillaron en Sicilia,
vencedoras ayer en cien campañas,
como ayer invencibles y leales,
nos den el triunfo de la causa santa.

GUALVES. Humilde monje, á mí con los guerreros
dado no me es el manejar la espada;
pero me quedo aquí, y en Barcelona
darán vida á la idea mis palabras:
la noble idea que al combate os guia,
esplicaré por calles y por plazas;
la absorta muchedumbre que me escucha
con ignorante fé, pero fanática,
acrecerá de nuestro bando el número,
engrosará las haces catalanas.

D. JOFRE. A tí la pátria la cabeza pide,
y á nosotros los brazos nos demanda;
tú, predica; nosotros lucharemos;
preces á Dios en tu convento alza
por el próximo triunfo, que nosotros
tras él iremos con heróica audacia.

D.ª ANA. Poniéndose en pié.

Pues antes que partais ¡oh caballeros!
de la nobleza distinguida raza,
que habeis vuestro blason enriquecido
con el vivo esplendor de cien hazañas,
deseo que lleveis á la pelea
una prenda del Príncipe de Viana,

Llorosa.

únicos restos de mi ilustre padre...
despojos suyos que mi afecto guarda.

GUALVES. Repártelos, señora, que amuletos
para ellos serán; en la cruzada
que por la libertad ellos emprenden,
cada prenda de Cárlos de Navarra,
será la roja cruz que á Palestina
el guerrero cruzado ayer llevaba;
como mi voz, que en este espacio suena
ante guerreros que al combate marchan,
será la voz de Pedro el hermitaño,
que el sacro fuego de la pátria inflama.

D.ª ANA. Don Jofre llega aquí.

D. JOFRE. Soy el primero?

Acercándose.

D.ª ANA. A tí mi padre confió mi guarda;
y el Concejo tambien te hizo caudillo
del catalan ejército.

D. JOFRÉ. Me abrasa
el pátrio amor; sin duda me distingue
por premiar la pasion en mí entusiasta.

D.ª ANA. A tí, pues, por dos causas diferentes,
te corresponde recibir la espada.

Doña Ana saca el acero del Príncipe, destapando la cubierta que Beltran retira de la escena. Al ver la espada don Jofre, le asalta estraño regocijo que debe caracterizar el actor.

D. JOFRE. La espada de mi Príncipe! Dios mio!
quiero besar su cruz, quiero besarla
arrodillado; fuera irreverencia
de pié tomarla... aquí estoy á tus plantas.

Se arrodilla à los piés de doña Ana: ésta le presenta la cruz de la espada; él la besa, la recibe, la empuña y la blande.

Con la espada del Príncipe en mi mano,
ningun contrario mi valor contrasta;
el blandir este acero me parece
que el brio varonil en mí agiganta.
Beltran, toma mi espada.

BELTRAN. Yo, don Jofre!

Admirado.

D. JOFRE. Para tí. Esta de mí no se separa.

Se la dà à Beltran.

Si vivo, siempre lucharé con ella;
y si muero en los campos de batalla,
mi mano soltará la empuñadura,
cuando el cuerpo sin vida suelte el alma.

Don Jofre se ciñe la espada del Príncipe.

D.ª ANA. Padre Gualves?

GUALVES. ¿Tambien, noble señora,
partícipe yo soy de esas sagradas
prendas de un mártir?

D.ª ANA. Lo eres en justicia.
Lumbrera de la ciencia, toma y guarda
este volúmen que escribió mi padre,
La historia de los Reyes de Navarra.

Se lo entrega; lo toma inclinándose.

GUALVES. Me honras, señora, con discreta mano;
mas que otra alguna aprecio yo esta alhaja.

D.ª ANA. Don Pedro?..

D. PEDRO. Llego á tí, noble Princesa.

Acercándose.

D.ª ANA. En Navarra esta cota siempre usaba
mi desdichado padre; ella te sirva
de broquel en la próxima campaña,
y tu vida proteja. Se la entrega.

D. PEDRO. Barcelona
al partir me verá con esta malla.
La toma y la entrega á su escudero.

D.ª ANA. Don Guillen, para vos esta escarcela,
D. Guillen se acerca.
que al Príncipe le fué prenda muy cara.
La bordó la condesa de Provenza,
ayer su amiga.

D. GUILLEN. Hoy mi ilustre dama.
Toma la escarcela y la besa al recibirla.
De dos afectos para mí es recuerdo,
de dos cariños que mi pecho exaltan;
doble será mi gratitud, señora,
como es doble el motivo de apreciarla.
Se pone la escarcela.

D.ª ANA. Don Hugo... que este par de guanteletes
D. Hugo se acerca y se inclina para recibirlos; despues se retira como los demás y se los calza.
que eternamente el Príncipe llevara,
den á tus puños fuerza incontrastable,
den á tu acero indómita pujanza.—
Don Roger, este manto que en Sicila,
Se acerca.
al querer proclamarle su monarca,
los sicilianos dieron á mi padre,
y él la corona no admitió...

D. PEDRO. Doña Ana,
D. Pedro se adelanta é interrumpe á D.ª Ana.
debe ser para tí.

D.ª ANA. Yo me reservo
este dulce laud, con que trovaba Tomando el laud.
mi buen progenitor amantes trovas;
en el que yo aprendí en edad temprana
á pulsar con mis dedos infantiles,
que él á las cuerdas con amor llevaba;
que me recuerda á mi gentil maestro
y los dias tranquilos de mi infancia. Llora.

D. GUILLEN. (Hermoso rorazon!)
Aparte á D. Jofre y á D. Hugo.

D. JOFRE. (Del muerto tronco
Aparte á D. Guillen y á D. Hugo.
robusta tierna y floreciente rama.)

D. HUGO. La digna descendiente de don Cárlos
nuestra causa honrará.)
Aparte á D. Jofre y á D. Guillen.

D. PEDRO. (Seca esas lágrimas.)
Aparte á D.ª Ana y con disgusto.

D.ª ANA. Este manto real...

D. PEDRO. El es el símbolo
de la gloria y la pompa soberanas;
á tí te corresponde; tú eres hija
de Príncipes y nieta de monarcas.

D. HUGO. (Lo codicia el navarro.) Aparte á D. Guillen.

D. GUILLEN. Aparte á D. Hugo. (Es ambicioso.)

D.ª ANA. Si el manto como símbolo mirara,
para nadie seria.

D. Jofre pasa hasta donde está D.ª Ana, coge el manto con violencla, lo desgarra y dice repartiéndolo á pedazos.

D. JOFRE. Para todos:
de todos el poder real emana.

Desde este momento aumenta el tumulto de la calle; se oyen voces, vivas y sonar á lo lejos una marcha guerrera, que no cesa hasta que concluye el acto.

D. PEDRO. (Siempre me humilla!)

D. JOFRE. (Siempre es ambicioso!)

D. GUILLEN. (Bien castigaste su insolente audacia.)
Aparte á D. Jofre.

D.ª ANA. Aceptad, don Roger, el capacete
que en el castillo de Morella usaba
el prisionero real.

Se lo dá á D. Roger; lo toma y se retira.

D. ROGER. Noble señora,
siempre conservaré prenda tan cara.

D.ª ANA. Beltran ¿ese ruido?.. Beltran al mirador.

BELTRAN. Es el ejército
que con clarines y atabales marcha
de Barcelona; Marimon ya lleva
el glorioso pendon de Santa Eulalia.

D. JOFRE. Pues hora es de partir.

TODOS. Sí, sí; partamos.

D. GUILLEN. Ya ha llegado la hora deseada!

D. JOFRE. Viva el Concejo! viva Cataluña!

TODOS. Viva!

D. JOFRE. Pues vá á empezar nuestra jornada,
antes de entrar en la gloriosa lucha,
bendice, Padre Gualves, nuestras armas.

Los caballeros se arrodillan formado circulo, y rinden los aceros.

GUALVES. Pensad que desde el cielo, donde mora,

os contempla don Cárlos de Viana;
el Dios de los ejércitos os mira
y se complace en vuestra causa santa;
yo, humilde religioso, yo en su nombre
bendigo los aceros de la pátria!

Se levantan y se disponen á marchar.

D. JOFRE. Viva el Concejo! viva Cataluña!

TODOS. Viva!

D.ª ANA. Oraré ¡oh nobles! por vosotros
que sois de Cataluña la esperanza!

D. GUILLEN. Vamos! A los demás.

D.ª ANA. Partid! Partid!

D. Pedro que está solo en el proscenio.

D. PEDRO. (Id, insensatos,
tras de la libertad! tras un fantasma!
Yo por un trono voy!)

D. Jofre, que le espia, se adelanta hasta él y le dice.

D. JOFRE. Vamos, don Pedro:
los nobles, como vos, si se recatan,
pueden recelos infundir... Con intencion.

D. PEDRO. (Sospecha...)
Vamos, don Jofre.

D.ª ANA. Id, que os acompaña

Despidiendo á los caballeros que van saliendo por la puerta del foro.

el voto general del Principado!

GUALVES. ¡Dios proteja las huestes catalanas!

Tendiendo las manos al cielo.

FIN DEL PRIMER ACTO.

ACTO SEGUNDO.

Sala de armas en el Castillo de Cervera: dos puertas al foro y una á cada lado: dos panoplias convenientemente colocadas.

Al levantarse el telon aparece D. JOFRE rodeado de los capitanes catalanes, sentados en taburetes, y junto á una mesa con recado de escribir.

ESCENA PRIMERA.

D. JOFRE, D. PEDRO, D. GUILLEN y D. HUGO CARDONA, D. ROGER de ERIL, y capitanes.

D. JOFRE. Ya habeis oido el mensaje:
decidme si estais conformes,
y al Concejo respondamos;
Barcelona está sin Conde:
á Enrique cuarto pretende
dar este glorioso nombre,
y, antes de darlo, consulta
el parecer de los nobles
caudillos de Cataluña,
de la pátria campeones.
Qué resolveis?

D. GUILLEN. Mi dictámen
está con el suyo acorde.

D. HUGO. Y el mio.

D. ROGER. Tambien el mio.

D. PEDRO. Pues el mio no, don Jofre.

D. JOFRE. Siempre, don Pedro, tu voto
es el único discorde.

D. PEDRO. El castellano monarca
que pidiera por consorte
á doña Blanca, y con ella
en yugo nupcial uncióse,
para arrojarla del tálamo
con una mentira innoble,
por estéril, cuando él
engendrar no puede prole
por la impotencia del vicio

que la sangre le corroe,
no puede querernos nunca,
no debe ser nuestro Conde.

D. JOFRE. El lo apetece, él desea
que este título le adorne:
además... necesitamos
su poderío y sus hombres.—
Don Juan y Luis el onceno
han juntado sus legiones
para ir contra el Principado,
y á batirnos se disponen:
si las fuerzas de Castilla
logramos que nos apoyen,
vengan Aragon y Francia
con sus lanzas y peones;
los aguardamos sin miedo,
que sus esfuerzos acordes
contra el valor indomable
de nuestros bravos leones
se estrellarán.

D. GUILLEN. Es muy cierto.

D. HUGO. Así acaso nos apoye
Castilla.

D. JOFRE. Lo ha prometido
don Enrique cuarto.

D. PEDRO. Entonces
es diferente... (Cedamos,
no lean mis intenciones.)

D. GUILLEN. Pues al Concejo contesta
que le admitimos por Conde.

D. JOFRE. Unánimemente?...

D. PEDRO. Sí...
me convencen tus razones.

D. JOFRE. Enviaré esta respuesta
antes que en el horizonte
el sol se oculte... y, ahora,
id todos á dar las órdenes
á vuestra gente: debemos
caer de improviso esta noche
sobre Rubinat; Sarabia
allí está con pocos hombres:
yendo por vereda oculta,
atravesando los montes
que nos separan, caeremos
todos de una vez, de un golpe,
como un rayo que sorprenda,

que deslumbre y que destroce.
De este castillo partimos,
mas sin que nada demore
nuestra marcha, al dar las cinco
la campana de la torre.

D. GUILLEN. Vayámonos pues.

D. ROGER. Vayámonos.

D. JOFRE. Mientras todo se dispone
para la marcha, al Concejo
la respuesta de los nobles
caudillos de Cataluña
voy á escribir.

D. GUILLEN. Sí; responde.

D. JOFRE. Ya lo sabeis... á las cinco.

D. GUILLEN. Nada habrá que nos lo estorbe.
Saldremos á la primera
campanada de la torre.

Váse D. Jofre por la puerta del foro de la derecha del actor. D. Guillen, D. Hugo y D. Roger por la izquierda del foro; D. Pedro queda en escena.

ESCENA II.

D. PEDRO.

Ya es Conde de Barcelona
don Enrique el Impotente;
pues doña Ana así abandona
sus drechos á la corona,
yo la ceñiré á mi frente.
Irresistible ambicion
el corazon me desgarra!...
Aquí esta mi salvacion...

Sacando los pergaminos del acto primero.

Estos pergaminos... son
la corona de Navarra.
Supe obligar á don Juan
á aceptar mi matrimonio...
aquí mis medios están... Por los pergaminos.
ya que por ellos me dan
un Reino por patrimonio.
Solo en esta vida es algo
ser Rey; cuanto el mundo abarca,
de ruindad lleva la marca;
de esta eterna lucha salgo
ó cadáver ó monarca.

ESCENA III.

Dicho, D.ª ANA y BELTRAN.

D.ª Ana y Beltran salen por la puerta izquierda del foro, desde la que hablan; don Pedro, vuelto de espaldas, permanece en el proscenio.

D.ª ANA. Anda, Beltran, muy ligero;
todo el castillo recorre
y búscale.
D. PEDRO. (Aquí doña Ana!) Viéndola.
BELTRAN. Voy al punto.
D.ª ANA. Dí á don Jofre
que á hablar con él he venido.
BELTRAN. Serán cumplidas tus órdenes.

Beltran se marcha por la misma puerta que entró con D.ª Ana; ésta avanza hasta el proscenio.

ESCENA IV.

D.ª ANA y D. PEDRO.

D.ª ANA. Pláceme, don Pedro, hallarte.
D. PEDRO. Mas buscabas al caudillo...
D.ª ANA. Tengo de hablarle y de hablarte.
D. PEDRO. ¿A qué vienes al castillo
de Cervera?
D.ª ANA. A encontrarte.
D. PEDRO. Algun motivo robusto
tu venida ha motivado?...
D.ª ANA. No es ella muy de tu agrado;
me miras con ceño adusto!..
D. PEDRO. A qué vienes?
D.ª ANA. Me han robado.
Hace tres noches que fuí,
palpitando el pecho mio,
al muro en que yo escondí
el cofrecillo, y vacío
con admiracion lo ví.
Con dolor, sobresaltada,
por eso vengo al castillo;
no sé qué mano malvada
sustraería en mi morada
las cartas del cofrecillo.
No sé quién ha descubierto
ese resorte ignorado:

que alguno lo sabe es cierto,
pues hallé descerrajado
el cofrecillo y abierto.
No te inmutas? impasible
oyes lo que cuento! ¡Oh!
eres, don Pedro, insensible!

D. PEDRO. Soy ese sér invisible
que te ha robado.

D.ª ANA. Tú! Asombrada.

D. PEDRO. Yo.

D.ª ANA. Tú! Con mayor asombro.

D. PEDRO. Unidos por los amores
van de los dos los destinos
buscando dias mejores,
que el trono de tus mayores
te allanan los pergaminos.
Yo lo sé, y en mi poder
por eso los dos están:
fíate de mi querer,
que yo he logrado imponer
condiciones á don Juan.

D.ª ANA. Claro en tu alma no leo! Aturdida y admirada.
tu proceder de tal suerte
envuelto entre nubes veo,
que yo temo comprenderte,
y.... comprenderte deseo.

D. PEDRO. Y yo abrigo la intencion
de que claramente leas
lo que hay en mi corazon:
oye mi declaracion,
y sabrás lo que deseas.—
Yo, desde mi nacimiento,
contra la fortuna lucho
por ser grande, porque siento
en mi sér.... merecimiento
para llegar á ser mucho.
Y aunque hoy está mi alma ufana,
no estrañarás que yo exija
más á la suerte mañana,
dándome su amor la hija
del Príncipe de Vïana;
cegado por este amor
que me seduce y deslumbra
con brillo fascinador,
codicio á mi alrededor
el porvenir que él alumbra.

En mi incesante desvelo
es tu amor el solo arrullo
que me deleita en el suelo,
y.... sueño en tocar el cielo
con las alas de mi orgullo.
¿Para tí, qué no ambiciona
mi alma en perpétuos afanes?
Nombrarte entraba en mis planes
Condesa de Barcelona....
lo impiden los catalanes.
A Enrique cuarto han querido
dar la dignidad Condal,
y él debe ser elegido....
es el voto general
y yo á ese voto he cedido.
Pero en cambio en testimonio
de amor, nuestro matrimonio
de don Juan obtendrá en arras
el egregio patrimonio
de las comarcas navarras.
A los pergaminos fia,
y á mí, tan osada empresa;
nunca de mí desconfia;
si ser no puedes Condesa,
serás Reina, vida mia!

D.ª ANA. Maravillada te he oido
sin quererte interrumpir;
pero aun no te he comprendido.
Qué has hecho? ¿cómo has podido
ese Reino conseguir?

D. PÉDRO. Con las cartas.

D.ª ANA. Cómo ignoro....

D. PEDRO. Que existen dije á don Juan,
y que en mi poder están.

D.ª ANA. Qué escucho!

D. PEDRO. Son un tesoro
por el que un Reino te dan.

D.ª ANA. El secreto has revelado
de mi padre!...

D. PEDRO. Fué preciso;
por él...

D.ª ANA. Eres un malvado!...

D. PEDRO. Mira lo que ha contestado
don Juan segundo á mi aviso.

Sacando otro pergamino de la escarcela y entregándoselo á D.ª Ana: ésta lee lo que sigue:

D.ª ANA. Leyendo. «Apruebo tu boda con D.ª Ana y os entregaré en arras y como patrimonio el Reino de Navarra, si me facilitas los pergaminos que me ofreces, si eres capitan de mi causa, desertando del bando rebelde, y me entregas los catalanes por bajo mano.
JUAN II.»

D.ª ANA. Ah! Queda aterrada por la traicion de D. Pedro.

D. PEDRO. (Cederá á mi ambicion!
Fuerza es que yo la convenza!)

D.ª ANA. Mirando el pergamino que permanece en sus manos.

Qué felonía! ¡qué accion
tan vil!... no tienes vergüenza!
ni lealtad!... ni corazon!...

D. PEDRO. Yo de quererte blasono,
y el hado nos es propicio;
venga tu calma en mi abono,
y hagamos un sacrificio
para conseguir un trono.

D.ª ANA. Infame! lo que propones
es una insigne maldad,
propia de séres felones...
Tú vendes tus opiniones!
Tú vendes tu dignidad!
¿Por un dosel, á tu bando
tranquilo serás infiel,
lo estarás acariciando
y al Rey lo irás entregando,
por cariño á ese dosel?
¿De Cataluña á traicion,
con manejos tan villanos,
herirás el corazon,
entregándola en las manos
del monarca de Aragon?
¿Y á la libertad sagrada,
que en tí se fia inocente,
—pues la llamaste tu amada,—
mientras la besas la frente
la darás la puñalada?
Pues lo pretendes en vano;
y, ya que estás en mi mano,
nada habrá que me convenza:
nada, porque me avergüenza
ese proceder villano.
Así reinar no ambiciono:

respeta ese trono ageno;
yo sin pesar lo abandono,
si hay que mancharse de cieno
para subir á ese trono.

D. PEDRO. Hechas por tierra mis planes...
¡Tu locura á tanto llega,
que consagras tus afanes
en pró de los catalanes,
que fiebre insensata ciega.
Entrega con terquedad
á los catalanes pechos
tu amor y tu dignidad...
que ellos borrarán tus drechos
con su loca libertad!...
Te tienen en abandono,
y á su desprecio respondes
obrando siempre en su abono...
pues ya cubrirán tu trono
con el manto de sus Condes!...

D.ª ANA. ¡Qué importa, si no me creo
con derecho!... en vano empleas
ese aguijon... tú peleas
por tí... reinar no deseo...
Tú eres quien lo deseas.
En tí tan solo es tenaz
la ambicion; en vano pugnas
porque te oculte el disfraz;
te ha caido el antifaz;
te conozco... y me repugnas.—
De Cataluña atizaste
la hoguera que se encendia,
y defendarla juraste;
de su libertad un dia
paladin te proclamaste,
y hoy la libertad y el bando
con ambicion criminal
abandonas desertando,
de los dos apostatando
cual villano desleal;
que á tu ambicion hoy conviene
ser de don Juan partidario,
porque él en sus manos tiene
ese premio... imaginario,
que á dorar tus sueños viene.
La ambicion, que te despeña,
de la suerte el crudo fallo

sufrirá, ya que se empeña.
¡Triste es ser Rey si se sueña
y se despierta vasallo!

D. PEDRO. (¡Esta mujer insensata
no comprende su interés!...
Mis aspiraciones mata!)

D.ª ANA. ¡Que sea la suerte ingrata
á tu ambicion, triste es!
Lo mereces, sin embargo.
Tú me pudiste engañar
en mi amoroso letargo...
mas despierto... y sé lo amargo,
lo amargo que es despertar!...
Pero tambien despertaste,
cual yo, de sueño galano...
Con mi amor ser Rey pensaste;
mas... el trono que soñaste
se te escapa de la mano.

Con ironia muy marcada.

Con amargura.

D. PEDRO. (Qué escucho!)

D.ª ANA. Sí; con mi amor
desparece tu bien sumo:
amar no puedo á un traidor;
tu trono soñado es humo,
pues tu cariño es vapor.
De la boda me arrepiento
y en olvidarte confío,
ya que no le presta aliento
ni un hidalgo sentimiento
á tu corazon vacío!...

D. PEDRO. Doña Ana, me juzgas mal
si tomas por ambicion
el abundante raudal
de amor sincero, ideal,
que mana mi corazon.
Lo que tu amante apetece
es de entrambos la ventura;
y para ello te ofrece
la gloria que resplandece
desde la real altura.
Mas si á mi tierno querer
llamas traidora ambicion,
porque te llega á ofrecer
el esplendor del poder,
cual suprema aspiracion;
para probarte, doña Ana,
que por tu dicha tan solo

tu tierno amante se afana,
á tí mi alta idea inmolo,
cual víctima soberana.
Solo en tu amor celestial
mi inquieto espíritu goza;
eres tú mi áura vital...
Contigo pajiza choza
será un alcázar real.
Tu amor como llama quema;
y yo en mi pasion estrema
vivo de sus resplandores;
no deseo otra diadema
que el mirto de tus amores.

D.ª ANA. Don Pedro, finjes en vano;
quien á la par va á vender
á su pátria, á su mujer...
ni es hombre, ni es ciudadano,
ni yo lo debo querer.

ESCENA V.

Dichos, D. JOFRE.

En cuanto aparece D. Jofre por el foro, doña Ana corre á hecharse en sus brazos; D. Pedro permanece en el proscenio, y no vé á D. Jofre hasta que lo indica el diálogo.

D. PEDRO. (Es insensata! Está loca!)
D.ª ANA. Padre mio!
D. JOFRE. Tú en Cervera?
D. PEDRO. (Que ella quiera ó que no quiera,
mi espíritu no se apoca.
Ellos, ó yo!... A enviar
voy ya mi postrer aviso...

Al marcharse ve á D. Jofre.

Don Jofre aquí!... ya es preciso....
Sí, sí... morir ó reinar!)

Vàse: D. Jofre y doña Ana adelantan hasta el proscenio.

ESCENA VI.

D.ª ANA, D. JOFRE.

D. JOFRE. Pero habla... estás temblorosa!
sobre tus párpados veo

mal contenidas las lágrimas...
Qué tienes, hija?

D.ª ANA. Qué tengo!...
el dolor de un desengaño
me está desgarrando el pecho.

D. JOFRE. Doña Ana!...

D.ª ANA. ¡Bien yo creia
que era su cariño artero!...

D. JOFRE. Qué dices!

D.ª ANA. Que en humo vano
se evaporan mis ensueños;
que puse amor en un noble,
creyéndole caballero;
que á un traidor mostré del alma
los mas hondos sentimientos!...
¡Y era un vil, un ambicioso...
y fuí su juguete!...

D. JOFRE. Cielos!...

D.ª ANA. El me estrechaba las manos,
creyendo estrechar un cetro...
Si quiso conmigo unirse
por lazo de casamiento,
era porque con mi mano
recibir pensaba un Reino!...
De mis sueños de ventura *Llorando.*
roto está el diáfano velo...
lloro... porque me despido
de esos amorosos sueños.

D. JOFRE. *Enterneciéndose por grados.*

Mira que el alma me partes;
mira, doña Ana, que temo
no poderte consolar...
porque para tí mi afecto
paternal... tener no puede
ni el cariñoso embeleso,
ni el poder, ni la influencia
del cariño de don Pedro.

D.ª ANA. El suyo es una mentira,
su corazon está seco;
la ambicion lo ha calcinado
con sus ardientes deseos...
Tú me amas bien!

D. JOFRE. Sí... doña Ana...
mi amor es mas verdadero.

D.ª ANA. Tú no vendes lo que adoras;

y él, inconstante... y él... pérfido,
á nuestro bando, á la pátria
á la par está vendiendo.

D. JOFRE. Qué dices! Cambiando de tono.

D.ª ANA. Este pergamino

Dándole el que le entregó D. Pedro.

te enterará por completo.

D. Jofre lo lee para sí y despues dice con el pergamino de D. Juan en la mano.

D. JOFRE. ¿Acaso tiene en su mano
la carta del repostero
y la de tu padre?

D.ª ANA. Sí.

D. JOFRE. Cómo ha podido ser eso?

D.ª ANA. Robándolas.

D. JOFRÉ. ¡Ah, rufian, Exaltacion.
que á pesar del juramento,
has revelado al monarca
aragonés el secreto
del Príncipe de Viana,
y que, como un bandolero,
robaste los pergaminos...
Nada lograrás con ellos,
porque yo juro arrancártelos,
y cumplo mis juramentos.

D.ª ANA. ¡Ah, don Jofre... niña y ciega,
pude querer á don Pedro!...
A un traidor!... Al pensarlo
gimo, lloro y me avergüenzo!...
Sí, me avergüenzo; y no obstante,
no le olvido ni un momento.
No sé esplicar lo que pasa
en el fondo de mi pecho.
Le tengo amor y le ódio;
no sé cómo, le aborrezco
y le amo... quiero olvidarle,
y á mi pesar le recuerdo;
quiero olvidarle, y su imágen
no huye del pensamiento!...

D. JOFRE. (No le olvidará!) Has nacido Con solemnidad.
en cuna y alcázar régios:
Te dió el sér ilustre Príncipe:
haz pues un heróico esfuerzo
para vencerte á tí misma,
—que es difícil vencimiento—

y no amarás á traidores.

D.ª ANA. Cobrando energía; esta transicion debe hacerla la actriz con la mayor verdad posible.

Mi sangre lo está pidiendo
á voces... soy catalana...
mi orígen es alto... escelso...
mi padre fué un héroe... yo
indigna de él ser no quiero...
No he de ser débil... bien dices...
Secándose los ojos de pronto y con altaneria.
Empañar mis ojos tersos
ya no verás una lágrima,
ni una... Desde este momento
de ser amante concluyo,
á ser catalana empiezo.—
Voy á acusar inflexible:
traidor ha sido don Pedro...
que muera; su muerte pido
y á tu justicia lo entrego!

D. JOFRE. (Qué dice!)

D.ª ANA. No me respondes?

D. JOFRE. Para juzgar con acierto
á la faz de los soldados
que, cual caudillo, gobierno,
pruebas claras necesito.

D.ª ANA. Pues bien; aquí las tenemos. Por el pergamino de D. Juan.
El pergamino que firma
don Juan segundo.—

D. JOFRE. No puedo
descubrir esa misiva
á nadie; atañe al secreto
del Príncipe... se refiere
de esa misiva el contesto
á la carta de tu padre
y á la otra del repostero:
darlas á don Juan promete
tu infiel amante don Pedro;
pero enseguida tus jueces,
para aclarar su misterio,
muy justamente pidieran
entenderlas, comprendiendo
lo que han de valer dos cartas
con las que se compra un Reino.

D.ª ANA. No importa!

D. JOFRE. Son tu defensa;
y por lo tanto, no debo

privarte de ella: te sirven
mientras sean un secreto
para todos; publicadas,
no son para tí instrumentos.
Es la voluntad del Príncipe,
y la acato y la respeto.

D.ª ANA. Y yo: mas sin esta prueba
tienes el convencimiento
de que es traidor?

D. JOFRE. Sí, doña Ana;
sin esa prueba lo tengo.

D.ª ANA. Pues entonces, no vaciles;
al instante y sin proceso,
que muera!

D. JOFRE. Nunca, doña Ana,
procede así un caballero;
nunca un noble así condena:
la nobleza está en los hechos,
no en el blason.

ESCENA VII.

Dichos, D. GUILLEN, con un pergamino.

D. JOFRE. Qué se ofrece?

D. GUILLEN. He cogido prisionero
á un espia, á un emisario,
y le he arrancado este pliego.

D. JOFRE. Dame. Lo toma don Jofre.

D. GUILLEN. Al campo de don Juan
iba, si llegar le dejo.

D. JOFRÊ. Lo leiste?

D. GUILLEN. Lo he leido.—

D. JOFRE. Un mensaje de don Pedro! Leyéndolo para sí.

D.ª ANA. Para quién? A D. Guillen.

D. GUILLEN. Para el monarca
de Aragon, tu ilustre abuelo. Con mofa.

D.ª ANA. Dame.

Toma el pergamino D.ª Ana y lee.

«Los catalanes van á sorprender esta noche á Juan de Sarabia; si caes de improviso sobre ellos con tu numerosa hueste, los derrotarás, porque ellos son mucho menores en número.—D. Pedro Beamonte.»

Aquí tienes la prueba. A D. Jofre.

D. JOFRE. El emisario está preso?
D. GUILLEN. Preso está.
D. JOFRE. Que sea inútil
de tu amante quiso el cielo,
la traicion, con ese hombre
la delacion deteniendo.
D. GUILLEN. No sufre el traidor castigo?
D.ª ANA. Lo pedí en este momento.
D. GUILLEN. Tú! Sorprendido.
D.ª ANA. Yo.
D. JOFRE. (¡Y está enamorada! Aparte á D. Guillen.
y siente un cariño ciego
por él!...
D. GUILLEN. Mas debe morir, A D. Jofre, pero fuerte.
y en el instante.
D. JOFRE. Aparte á D. Guillen. (Silencio!
Si sin proceso le mato,
pueden creer que me vengo:
tú sabes que es mi rival,
y es el rival predilecto.)
D. GUILLEN. (Tanta nobleza es indigna Aparte á don Jofre.
de él.)
D.ª ANA. (Y aun yo le quiero!)
D. JOFRE. (Yo no la tengo por él, Aparte á don Guillen.
don Guillen, por mí la tengo;
si con él soy generoso,
es por lo que á mí me debo.)
D.ª ANA. Te niegas á castigarle?
D. JOFRE. No, doña Ana; no me niego:
nombraré jueces; que siga
sus trámites el proceso.
D.ª ANA. Es inútil! Esta prueba
Con el pergamino de D. Pedro en la mano.
pide su muerte al momento,
al instante.—Don Roger!
Don Pedro! Don Hugo!
Va á las puertas del foro y llama á voz en grito.
D. JOFRE. (Cielos!...)
D.ª ANA. Capitanes, aquí todos! Gritando sin cesar.
Venid todos aquí dentro!

ESCENA VIII.

Dichos, D. PEDRO, D. HUGO, D. ROGER, BELTRAN, capitanes y escuderos.

D. PEDRO. Quién dá voces?
D. ROGER. Qué quereis? Desde la puerta.

D.ª ANA. Venid aquí.—
D. HUGO. Quién nos llama? Entrando.
D.ª ANA. Catalanes, una dama
os ruega que la escucheis.
TODOS. Habla.
D.ª ANA. En los años mejores
de mi existencia, he perdido
á los que el sér he debido,
mis nobles progenitores:
desde ese dia es mi padre
don Jofre, á quien amo tanto;
desde ese dia de llanto
es Cataluña mi madre,
mi única madre: nací
á los dos agradecida;
debo á mi pátria la vida, Estrechando la mano de D. Jofre.
y su amor inmenso á tí.
Por tí me sacrificara,
porque mi amor te dedico, Por D. Jofre.
como ahora me sacrifico
por pátria que me es tan cara.
Pero lo exige el deber
y no vacilo un instante.
D. PEDRO. (Esta mujer delirante
se pierde y me va á perder.)
D.ª ANA. Hay quien nos vende á don Juan:
entre nosotros se esconde
un vil traidor.
D. ROGER. Dónde?
D. HUGO. Dónde?
D. ROGER. No puede ser catalan.
D.ª ANA. No es catalan ese iluso.
D. GUILLEN. (Qué alma!) Aparte á D. Jofre.
D. JOFRE. (Alma superior!) Id. á D. Guillen.
D.ª ANA. Es don Pedro ese traidor.
Es don Pedro! y yo le acuso!
TODOS. Oh!..

Momento de sorpresa y de asombro en todos.

D. ROGER. Le acusas, doña Ana!
D. PEDRO. ¡Eres modelo de amantes! Con ironia.
D.ª ANA. Yo te sacrifico; antes
que amante soy catalana.
No hay para mí otros amores
que los que la pátria exija;
de un leal Príncipe hija,
no puedo amar á traidores.

D. PEDRO. La acusacion que provoca,
ningun crédito os inspira...
notándolo estoy... delira
esa mujer; está loca!...
Os sorprende con su nueva,
mas no logra convenceros.

D.ª ANA. Capitanes caballeros,
tomad, aquí está la prueba
de su proceder villano.

Dá el pergamino de D. Pedro á los capitanes que lo van leyendo uno tras otro.

D. PEDRO. (Mi mensaje! Soy perdido!)

D.ª ANA. Leedle todos de corrido...
que pase de mano en mano.

D. PEDRO. (Moriré, mas morirán
ellos tambien de improviso,
que ese es el tercer aviso
que yo he enviado á don Juan.)

D. ROGER. Es traidor.

D. HUGO. Nos sacrifica.

TODOS. Muera.

D. ROGER. Muera con presteza.

D. GUILLEN. Cercenemos su cabeza.

D. HUGO. Clavémosla en una pica.

D. JOFRE. Silencio! Con voz tremenda y ahogando la de todos.

Pausa.

¿Habeis confianza
vosotros todos conmigo?

TODOS. Sí.

D. JOFRE. Darle quiero un castigo,
no tomar una venganza.
Hemos de ser justicieros
como buenos catalanes;
con violencia y con desmanes
nunca obran los caballeros.
Prendedle.—Lo retendré
prisionero en el castillo.— Se le acercan dos escuderos.
¿Ese hombre á vuestro caudillo
fiais?

TODOS. Sí.

D. JOFRE. Yo lo juzgaré.—
—Desarmadle—

Un escudero se adelantá á hacerlo; D. Pedro se resiste.

D. PÉDRO. ¡Atrás, villano! Al escudero.

A mí nadie me desarma.
Toma, don Jofre, mi arma;

Se adelanta y dá el acero á D. Jofre.

solo la entrego en tu mano.

D. JOFRE. Llevadle sin dilacion.—

Señalando la puerta lateral de la derecha.

D. PEDRO. No habrá quien de ello se alabe.—
Yo iré por mi pié.

D. Pedro entra por la puerta indicada.

D. JOFRE. Con llave
encerradle en la prision.

Un escudero hace lo que manda D. Jofre.

Salid todos!—Solo, quiero
meditar en su castigo;
ya que á juzgarle me obligo,
sea el fallo justiciero.

Van saliendo, y al salir dicen.

D. ROGER. Muerte con difamacion
merece.

D. HUGO. Sí, con urgencia.

D.ª ANA. ¡Con un traidor tal clemencia,
don Jofre! A D. Guillen.

D. GUILLEN. Misterios son! Id. á doña Ana.

ESCENA IX.

DON JOFRE.

¿En mí seria nobleza
que, para saciar mi anhelo,
hiciera rodar al suelo
de mi rival la cabeza?
¿No seria una bajeza
hoy, que en traicion le he cogido,
haberme de ella servido
para hacer que el criminal
me deshaga del rival,
del rival favorecido?
¿Y no es justicia premiosa,
que la leal hueste espera,
que el que ha sido traidor muera
y con muerte ignominiosa?
¿El que una mancha afrentosa
hechar al bando pretende;
el que á la deshonra tiende

de la causa que ha jurado;
no ha de morir deshonrado
como traidor que la vende?
Si le quito la existencia,
me vengo.—El ódio me ostiga.—
Y aunque esto nadie lo diga,
me lo dice mi conciencia.
Si le juzgo con clemencia,
que es mi impulso natural,
obro mal, obro muy mal;
que yo no puedo en rigor
ni perdonar al traidor,
ni asesinar al rival.
Amor y pátria conmigo
luchando están con encono:
hago mal, si le perdono;
hago mal, si le castigo.—
Oh Dios! Tú, que eres testigo
del afan con que batallo,
dime qué haré, que no hallo
qué hacer!...—Oiste mi ruego.—

Ocurriéndole de pronto una solucion.

Oh qué idea!... Yo lo entrego
á tu justiciero fallo.

Va à la puerta de la prision y la abre.

ESCENA X.

D. JOFRE, D. PEDRO.

D. JOFRE. Don Pedro, sal aquí; sal sin demora.
D. PEDRO. Aquí me tienes ya; ¿vas á decirme
que va á sonar mi postrimera hora?
Dímelo sin rodeos, que flaqueza
nunca verás en mí: ¿pide la chusma
clavar en una pica mi cabeza?
D. JOFRE Lo oiste, y no á la chusma; á la escojida
flor de nuestra nobleza,
de la heróica nobleza catalana
que de tí, vil traidor, pide la vida,
castigo justo de tu accion villana.
D. PEDRO. Pues bien; yo moriré si lo desea:
traidor soy á tu causa, á Cataluña;
pero siempre leal soy á mi idea.—
Yo vuestras luchas aticé, llevando
esa mi idea perenal por guia;

me afilió la ambicion á vuestro bando,
como hoy de vuestro bando me desvia.
Yo requerí de amores á doña Ana
por ambicion no mas; por sus amores
quise subir al escabel del trono
que ocupan sus mayores,
y reinar... que reinar solo ambiciono.
Ni ciudadano soy, ni soy amante;
la pátria y el amor son instrumentos
de que se sirve mi ambicion constante.

D. JOFRE. Pues contra tí se vuelven:
la pátria y el amor escarnecidos
por tu grosero lábio,
tu vida á voces piden
de su profanacion en desagravio;
yo te libro de muerte ignominiosa;
no por tí... porque tú no lo mereces;
tú merecieras infamante fosa...
Yo te libro por ella, por doña Ana:
tú su amor conseguiste
con hipócrita afan, con torpe dolo,
y su sencillo corazon pudiste
con tu mendaz amor llenar tú solo:
Yo, que velo por ella; yo que muera
no puedo consentir cual bandolero
el hombre de su amor; que yo no quiero
que tu muerte infamante
manche el decoro de tu noble amada
ni por un solo instante;
y así... toma tu espada,

D. Jofre dá á D. Pedro la espada de éste, y desnúda cada cual la suya.

que yo tomo la mia.!

D. PEDRO. Tomando su espada. (Me he salvado.)

D. JOFRE. Así de un noble aprenderás nobleza,
ya que ser caballero has olvidado.
—Quiero que te defiendas!

D. PEDRO. Pues con brio
defenderé mi vida y con encono,
porque quiero salvar una existencia
que vale tanto que conquista un trono.

D. JOFRE. Aun tienes esos sueños, insensato!

D. PEDRO. Aquí tengo mis drechos á esa herencia,

Poniendo la mano sobre la escarcela.

Aquí los pergaminos.

D. JOFRE. Pues corona
y herencia perderás, porque te mato!
D. PEDRO. No, que mi vida mi valor abona.
D. JOFRÉ. Mas yo por pátria y por amor combato.
Me asiste la razon, y á tí tan solo
te defienden villanos sentimientos.
D. PEDRO. Que dan temeridad.
D. JOFRE. Pero no suerte.
D. PEDRO. Como acaricio altísima esperanza,
la ambicion á mi brazo dá pujanza.
D. JOFRE. Este duelo, don Pedro, es tu castigo:
mueres sin que yo sea quien te mate;
el Príncipe de Viana es tu enemigo;
su espada está conmigo,
y, por mi mano, contra tí combate.
Inútilmente ahora
de salvarte la idea te acaricia.
Esta espada, que blando, es vengadora;
defiende la justicia.
Tu valor no resiste
al acero del Príncipe de Viana;
con él perecerás; pues profanaste
el amor de doña Ana
y la causa del Príncipe vendiste,
sígueme al punto á combatir conmigo.
D. PEDRO. Corramos al instante; ya te sigo.

Desaparecen por la puerta lateral de la izquierda.

ESCENA XI.

D.ª ANA, D. GUILLEN Y BELTRAN.

En cuanto desaparecen D. Pedro y D. Jofre, dá las cinco la campana del Castillo. La escena permanece sola mientras suena la campana; momentos despues salen por el foro, registrando la escena, doña Ana, D. Guillen y Beltran.

Desde aquí hasta el final del acto debe decirse con rapidez y alta entonacion.

BELTRAN. Aquí tampoco está.
D.ª ANA. Qué es esto, cielos!
D. GUILLEN. A la hora de partir no está el caudillo!
BELTRAN. No se le encuentra, no!
D.ª ANA. ¡El, tan exacto
en cumplir su deber!...
D. GUILLEN. ¡En el castillo

no está!

Beltran entra en la prision de D. Pedro y vuelve à salir.

D.ª ANA. Yo no comprendo...
BELTRAN. En esa estancia
tampoco... ni don Pedro está ya en ella!
D.ª ANA. Podido habrá fugarse!...
D. GUILLEN. Voy creyendo,
doña Ana, que los dos se están batiendo,
don Jofre y él.
D.ª ANA. Qué dices!
D. GUILLEN. Su clemencia
le habrá llevado hasta arriesgar su vida.
Por un traidor arriesga su existencia!
D.ª ANA. Don Jofre, tan leal!... mas su conducta
mucho me estraña á fé; él no queria
castigar á don Pedro... ¿tú comprendes
su clemencia de qué dimanaría?
D. GUILLEN. De algo noble y leal.
D.ª ANA. Inesplicable
es para mí su proceder, é inquieto
mi espíritu se encuentra.
D. GUILLEN. No puedes comprenderlo; es un secreto,
es un profundo arcano de su alma.
D.ª ANA. Un arcano!
D. GUILLEN. Sí, sí... y el tiempo corre...
y sonaron en vano
las cinco campanadas de la torre;
impaciente le aguarda la mesnada,
que ya sonó la hora
de partir y empezar nuestra jornada.
D.ª ANA. Don Pedro irá tambien!
D. GUILLEN. Quedar debia
por siempre ese malvado,
en la almena mas alta del castillo,
como traidor, colgado.
D.ª ANA. Sí; que ese fementido
á la pátria y á mí nos ha vendido.
Le ódio, pues me afrenta.

ESCENA ÚLTIMA.

Dichos, D. JOFRE, con la espada teñida en sangre y con los pergaminos en la mano.

D. JOFRÈ. Le puedes perdonar, que ya no alienta.
D. GUILLEN. Don Jofre! Estrechàndole con alegria.

D.ª ANA. Lo mató! Con dolor.
D. JOFRE. Tu alma desgarro;
pero tambien te entrego
los pergaminos de tu ilustre padre,
que arranqué del cadáver del navarro.
Se los entrega à doña Ana.
D. GUILLEN. Es la hora de partir.
D. JOFRE. Estoy dispuesto.
D.ª ANA. Justo fué que don Pedro pereciera:
pátria y amor vendiera
por su torpe ambicion, desenfrenada...
su infamia le dió muerte, no tu espada.
D. JOFRE. El traidor tuvo el fin que merecia;
pero el rival dichoso,
nunca á mis manos perecer debia!
Fuí poco generoso.
D.ª ANA. Tu rival!! Con asombro.
D. JOFRE. (Mas qué dije!...)
D. GUILLEN. Ya el arcano
puedes bien descifrar. A doña Ana.
D.ª ANA. Aparte à D. Guillen. Oh, sí, Cardona!
El me ama!
D. GUILLEN. A doña Ana. Con cariño sobrehumano!
D.ª ANA. (Qué grandeza hay en el!)
Comprendiendo en toda su nobleza à D. Jofre.
D. JOFRE. Vamos ligeros;
vamos á Rubinat. A D. Guillen y Beltran.
D.ª ANA. Id, que os esperan.
D. JOFRE. Cumplamos el deber de caballeros;
partamos, don Guillen.
D. GUILLEN. O muerte, ó gloria!
D. JOFRE. Por nosotros rogad!
D.ª ANA. Por la victoria
de la hueste leal.
D. GUILLEN. Por Cataluña!
D. JOFRE. Con toda la efusion de su alma.
Partamos, don Guillen.-Adios, doña Ana.
Vánse D. Guillen, D. Jofre y Beltran.
D.ª ANA. ¡Salva hoy la vida, oh Dios, á ese caudillo,
que yo por ella velaré mañana!
Invocando à Dios.

FIN DEL SEGUNDO ACTO.

ACTO TERCERO.

Esplanada del Castillo de Cervera, aspillerada por la parte del foro; dos torreones, uno á cada lado, ambos con puertas practicables; en el de la izquierda flota la bandera de Aragon: en el foro se vé el cielo, en el que la luna llena brilla con intensidad: un centinela pasea por la parte de detrás de la terraza. Un banco en medio de la escena.

Al levantarse el telon, Rocaberti abre con llave la puerta del torreon de la derecha y sale por ella D. Guillen.

ESCENA PRIMERA.

D. GUILLEN, ROCABERTI.

ROCABERTI. Vamos... sal á la esplanada;
ya tienes franca la puerta.
D. GUILLEN. Gracias á Dios que respiro!
apenas el aire llega
á esa torre angosta y lóbrega
que, como cárcel, me alberga.—
Dí; vendrán los compañeros?
ROCABERTI. A todos os dá licencia
el Rey don Juan.
D. GUILLEN. No demores
el traerlos; haz que vengan.
ROCABERTI. Respirar el aire libre
cuanto antes os interesa,
que os conceden respirarlo
quizás por la vez postrera.
D. GUILLEN. No lo dudo; que venciónos
la traicion con sus vilezas,
y flotar del enemigo
veo la altiva bandera
donde hace muy pocos dias
flotando estaba la nuestra.
En Rubinat nuestra causa
perdimos en lid sangrienta;
como la causa, la vida

perdida tambien se encuentra.
Es justo.

ROCABERTI. Valor heróico
mostrásteis en la pelea;
habeis sucumbido al número;
el vencedor lo confiesa.

D. GUILLÉN. Eres noble, Rocaberti;
con su clarin lo vocea
la fama .. haciendo justicia
al vencido, me lo pruebas.

ROCABÉRTI. Te traeré á los compañeros.

D. GUILLEN. Sí, Rocaberti, que vengan.

Váse Rocaberti por el torreon de la derecha.

ESCENA II.

D. GUILLEN.

Desapareció... estoy solo... Registrando la escena con la vista.
leeré... la ocasion es esta...
La luna me favorece
con su luz clara y benéfica...
Llegó este pliego á nosotros Saca un pergamino.
disparado en una flecha
por mano amiga... leamos...
«Procurad estar alerta Leyendo.
paseando por la esplanada;
pedid para ello licencia...
armas tendreis... y á las once
caerá una escala de cuerda
sobre el muro aspillerado,
y vereis subir por ella
la libertad, los amigos
y la pátria independencia.»
Aun no está perdido todo, Representando.
pues la esperanza nos queda.

ESCENA III.

Dicho, D. JOFRE, D. ROGER, D. HUGO y ROCABERTI que se retira por el torreon de la izquierda en cuanto saca los presos.

D. GUILLEN. Venid; aquí se respira
un ambiente que embelesa.

D. JOFRE. Respiremos, don Guillen,

mientras respirar nos dejan.
D. ROGER. Ya se marchó Rocaberti.
D. HUGO. Hablemos.
D. GUILLEN. Sí.
D. JOFRE. Con cautela.
D. GUILLEN. Os enterásteis del pliego?
D. HUGO. Sí.—
D. ROGER. De la cruz á la fecha.
D. JOFRE. Con su numerosa hueste
acude á nuestra defensa
sin duda Pallás, por órden
del Concejo... esa es la letra
del conde... la reconozco.
D. HUGO. Nuestra salvacion es cierta.
D. ROGER. Esta noche.
D. GUILLEN. Hoy recibimos
el pliego.
D. JOFRE. Duda no queda.
D. GUILLEN. A las once.
D. ROGER. Sí, á las once.
D. JOFRE. Muy pronto oiremos que suenan
en la voz de la campana
del castillo de Cervera.
D. HUGO. Será muy pronto.
D. GUILLEN. ¿Y las armas
prometidas, cuándo llegan?
D. ROGER. Y cómo?
D. HUGO. No es lo mas fácil.
D. JOFRE. Pero el que hizo la promesa
sabrá cómo ha de cumplirla;
de otro modo, no la hiciera.
D. GUILLEN. Como nos registran siempre...
D. JOFRE. Por eso no nos entregan
las armas hasta el momento
preciso.
D. HUGO. Que ya se acerca.
D. ROGER. Silencio, que Rocaberti
viene.
D. JOFRE. Prudencia.
D. GUILLEN. Prudencia.

Esta escena muy picada.

ESCENA IV.

Dichos, ROCABERTI.

ROCABERTI. Manda el Rey dos religiosos,
y junto á la puerta esperan
ó quedarse en la esplanada
ó entrar en la cárcel vuestra.—
Qué resolveis?
D. GUILLEN. ¿Recibirlos
asunto es de tanta urgencia,
que esperar hasta mañana
no pueden?
ROCABERTI. El Rey ordena
que sea ahora mismo.
D. JOFRE. Entonces, Vàse Rocaberti.
puedes decirles que vengan.
D. HUGO. Perdidos somos.
D. ROGER. No hay duda.
D. GUILLEN. Moriremos en Cervera.

ESCENA V.

D. JOFRE, D. GUILLEN, D. HUGO, D. ROGER, padre GUALVES, y otro religioso: el padre GUALVES con la capucha calada y con el hábito de otra órden monástica.

D. JOFRE. Avanzad; si el Rey os manda,
os concedemos la vénia.
GUALVES. Ni la religion ni el Rey
guian á esta fortaleza
nuestros pasos; nos arrastra
á esta cárcel otra idea:
Cataluña aquí nos guia,
y venimos en defensa
de sus capitanes presos,
á libertarlos por ella.
D. GUILLEN. Qué dices!
D. HUGO. Oh Dios!
D. ROGER. Qué escucho!
D. JOFRE. Quién eres?
GUALVES. La voz austera
y terrible de la pátria
es la que en mis lábios truena;
inspirando fé á sus hijos
y quebrando sus cadenas,

armas les traigo, incitándoles
á la gloriosa pelea.
Me conoceis? Hechándose atrás la capucha.

TODOS. Con alegría. Padre Gualves!

GUALVES. Tomad, tomad.—

Sacando las armas que trae escondidas, y dándoselas y cogiendo las que le presenta el otro religioso.

D. GUILLEN. ¡La hora llega
de la libertad! Cada caballero empuña una espada.

D. HUGO. Armémonos.

D. ROGER. Pues Cataluña se acuerda
de sus caudillos, juremos
morir por su independencia.

D. JOFRE. Los fueros y libertades
que perdió en hora funesta
la pátria, reconquistemos
en empeñada refriega,
ó muramos.

D. GUILLEN. Sí; muramos
ó libertémosla.

GUALVES. Esa
es del honor la voz noble
que en lábios sin mancha suena.
¡Dichosa, dichosa pátria
que hijos tan leales cuenta!

D. GUILLEN. Tarda la hora.

GUALVES. La hora
rápidamente se acerca:
vereis escalar el muro,
que está herizado de almenas,
á las once, al noble conde
de Pallás, que hora rodea
con su gente los contornos
del castillo de Cervera.

D. JOFRÊ. Escalará el conde el muro?

GUALVES. Vereis como él solo llega
el primero; no hay obstáculos
que su bravura detengan.

D. JOFRE. Jamás dudé de tan digno
caballero; su nobleza
no tiene igual.

La campana del Castillo dá once campanadas.

D. GUILLEN. La campana.

GUALVES. Callad.

Mientras dan las once todos callan y miran al foro del teatro: cuando deja de oirse la última campanada aparecen en el muro los gárfios de una escala.

D. GUILLEN. La escala de cuerda.

D. JOFRE. Venid, don Guillen.

D. Jofre y D. Guillen van al muro y detienen la escala.

GUALVES. Vosotros
maniatad al centinela.

D. Roger y D. Hugo desaparecen por los bastidores de la izquierda por donde se supone que pasea el centinela: momentos despues vuelven á salir.

ESCENA VI.

Dichos, D. PEDRO, que salta el muro por la escala embozado en su tabardo; lleva colgada una corneta de caza.

D. JOFRE. Tened de la escala bien. A D. Guillen.
D. GUILLEN. Ya sube el conde, embozado.
D. HUGO. Padre, nos hemos salvado.
GUALVES. Y Cataluña tambien.

D. Pedro avanza; D. Guillen abrazándole.

D. GUILLEN. El cielo aquí te ha traido
á darnos la libertad,
noble conde.
D. PEDRO. No es verdad! Desembozándose.
TODOS. Reconociéndole con espanto.
¡¡¡Don Pedro!!!
D. PEDRO. Os habeis perdido. Con satánica alegria.
D. JOFRE. ¡Nuestra esperanza derrumba
triste realidad que asombra!
Oh Dios! ¡eres una sombra
evocada de la tumba!
¡Tú ante mí lleno de vida
y te ví cadáver yerto!
D. PEDRO. Herido caí, no muerto;
aunque grave fué la herida.
Del golpe perdí el sentido
y por muerto me dejaste;
de que allí no me mataste,
ya te habrás arrepentido.
D. JOFRE. Sí; que desleal tú fuiste
á tu causa, á tus amores,
y, traidor entre traidores,
á Cataluña vendiste.
A tu ambicion inaudita
debimos nuestra prision,
y hoy... para nueva traicion

este infame resucita!

D. PEDRO. Bien tu enojo lo presiente:
hoy soy del Rey capitan,
y además soy de don Juan
el íntimo confidente.—
Armas teneis... no me inquieta...
podeis contra mí atentar,
mas no me podreis matar
sin que toque esta trompeta,
á cuya voz de metal
vereis llenar la esplanada
á una multitud armada
que hora espera esa señal;
del castillo el foso esconde
de don Juan la inmensa hueste;
y aunque cueste lo que cueste,
no llega aquí vuestro conde.
Perdidos estais, perdidos.

D. JOFRE. Ya que al cielo así le plugo,
dile que venga al verdugo
y se cebe en los vencidos.

D. PEDRO. Escucha un momento... atrás

D. Pedro se lleva hasta el proscenio á D. Jofre; los demás se retiran hácia el foro.

vosotros.—Deseo hablarte
á solas.—Puedo salvarte.

D. JOFRE. Solo á mí?

D. PEDRO. Y á los demás.

D. JOFRE. Será con la condicion...

D. PEDRO. La aciertas?

D. JOFRE. Sí... la imagino...
Tú quieres el pergamino...

D. PEDRO. Dos los pergaminos son,
y los quiero.

D. JOFRE. ¿Has pensado
que en mi poder se han de hallar?
¿En la prision al entrar
no nos habeis registrado?

D. PEDRO. Sí; mas tú debes saber
en qué rincon de la tierra
ese talisman se encierra,
y hacérmelo comprender.

D. JOFRE. Inútiles son tus ruegos...
Si mil vidas yo tuviera,
las mil vidas yo perdiera
antes que darte esos pliegos.

D. PEDRO. Morirás.
D. JOFRE. Espero el hacha
del verdugo, decidido;
que moriré, aunque vencido,
con mis blasones sin tacha:
pero tú, que vencedor
en este castillo imperas,
has de morir, cuando mueras,
de la muerte del traidor.
D. PEDRO. Tu vida llegó á su meta;
y pues no quieres ceder,
vas la existencia á perder
al sonar esta trompeta. Toca la trompeta.

Al tocar D. Pedro sale Rocaberti acompañado de soldados con alabardas.

ESCENA VII.

Dichos, ROCABERTI, soldados.

D. PEDRO. Era verdad, Rocaberti;
en su proyecto de fuga
he sorprendido á los presos.
Armas sus manos empuñan,
ya lo ves.
ROCABERTI. Pues... desarmadlos.

A los soldados que se precipitan sobre ellos.

D. JOFRE. Hidalgos de Cataluña,
al foso arrojad las armas,

Los caballeros arrojan al foro las espadas antes que puedan ser desarmados.

pero no las rindais nunca.
TODOS. Bien pensado.
D. PEDRO. (Gran caudillo!
indomable es su bravura!)
Llévalos á las prisiones. A Rocaberti.
ROCABERTI. Hay una dama que busca
á don Jofre, y con licencia
de don Juan por él pregunta.
Es doña Ana.
D. PEDRO. Doña Ana! Con alegria.
ROCABERTI. Con ese nombre se anuncia.
D. PEDRO. Hazla entrar; antes conduce
hasta su prision oscura
á esos presos... á don Jofre

deja aquí... ya que le buscan...
los monges den los ausilios
de la religion augusta
á esos hombres, por si acaso
esta hora es su hora última.

ROCABERTI. Venid conmigo.

Rocaberti se lleva à D. Guillen, à D. Hugo y á don Roger por el torreon de la derecha: despues cruza la escena y se và con los sóldados por el torreon de la izquierda.

ESCENA VIII.

D. JOFRE, D. PEDRO.

D. PEDRO. En tus manos
está tu suerte futura
ó tu desgracia, y la de esos
satélites que tú alumbras.

D. JOFRE. Te equivocas; solo Dios
la desgracia y la fortuna
y la existencia ó la muerte
dá á todas las criaturas.

D. PEDRO. En esta ocasion, don Jofre,
el porvenir tú te buscas;
ó tu libertad te compras,
ó cavas tu sepultura.

D. JOFRE. Mi resolucion es firme;
ni se cámbia, ni se muda.

Se aparta de D. Pedro y se pasea por el foro.

D. Pedro và à salir por el torreon de la izquierda cuando entra D.ª Ana; éste la detiene á la puerta del torreon.

ESCENA IX.

Dichos, D.ª ANA.

D. PEDRO. Doña Ana!...

D.ª ANA. ¡Traidor, aun vives
y á arrostrar vienes mi fúria!

D. PEDRO. Dejemos declamaciones;
la ocasion no es oportuna.
Si no me entregas los pliegos,
que tú conservas sin duda
como herencia de tu padre,
mi lábio veraz te anuncia
que esta misma noche se abre
de don Jofre la honda tumba.

D.ª ANA. Le vais á matar!

D. PEDRO. Salvarle
por tí tan solo procura
tu amante.
D.ª ANA. Con condiciones...
D. PEDRO. Con una condicion única.
Si me dais los pergaminos,
por una salida oculta
se escapará de Cervera;
yo le allanaré la fuga.
D.ª ANA. Déjame que le hable á solas.
D. PEDRO. Sírvate esta conyuntura
para convencerlo.
D.ª ANA. Déjame.
D. PEDRO. (Cederá.—Mi ambicion triunfa!)

ESCENA X.

D. JOFRE, D.ª ANA.

D.ª ANA. Don Jofre?...
D. JOFRE. Tú aquí, doña Ana?
D.ª ANA. Por fin he logrado verte.
D. JOFRÉ. A las puertas de la muerte
ves mi existencia liviana.
D.ª ANA. Aun tu frente no mancilla
el aire de corrupcion
de la muerte, y el sayon
aun no apresta su cuchilla.
Aun vivo yo para amarte;
aun quiso Dios que pudiera
venir corriendo á Cervera,
entrar y poder salvarte.
D. JOFRE. Imposible!
D.ª ANA. Nuestros sinos
unidos deben correr;
y no en vano en mi poder
conservo los pergaminos.
D. JOFRE. Qué dices!
D.ª ANA. Como perdida
toda otra esperanza tengo,
con los pergaminos vengo
á entregarlos por tu vida.
Saca los pergaminos de la escarcela.
D. JOFRE. Nunca.
D.ª ANA. Quiero obrar así,
que te cuadre ó no te cuadre.
D. JOFRE. Son la herencia de tu padre.
D.ª ANA. Yo la renuncio por tí.

D. JOFRE. No puedes; porque además,
de nuestra bandera son
la gran justificacion.
D.ª ANA. Los entregaré.
D. JOFRE. Jamás. Se los arranca las manos.
Pausa.
D.ª ANA. ¿Y si por llamar concluyo
á don Pedro y aquí entra,
te registra y los encuentra
y te salvo á pesar tuyo?
D. JOFRE. Llama, llama; no me arredro;
si eso hicieras en mal hora,
tú serias tan traidora
como traidor fué don Pedro.
D.ª ANA. Yo!...
D. JOFRE. Sí; á la pátria infiel,
si así desleal procedias,
la muerte merecerias
que pediste para él.
D.ª ANA. Es verdad!
D. JOFRE. Mujer ligera,
si realizases tu anhelo,
desde lo alto del cielo
tu padre te maldijera.
D.ª ANA. Oh! Inclina la frente con vergüenzā.
D. JOFRÉ. La frente no se inclina Se la levanta.
cuando el dolor amenaza;
renuevo de altiva raza,
tú debes ser heroina.
Cobre tu razon sus fueros;
si muero, deja que muera
abrazado á mi bandera,
modelo de caballeros.

ESCENA XI.

Dichos, D. PEDRO, ROCABERTI.

D. PEDRO. Qué resolveis?
D. JOFRE. Sin tardar
puedes el fallo cumplir;
resuelto estoy á morir
antes que los pliegos dar.
D. PEDRO. Doña Ana...
D.ª ANA. ¿Esperas que doble
su firmeza y que le exija

que ceda? no: que él elija,
y él elije lo mas noble.

D. PEDRO. Rápida la hora avanza
de que pierdas la existencia;
cederás por conveniencia
al verte sin esperanza.

D. JOFRE. Nunca me comprenderás;
alma grande en mí reside,
y tú eres un vil, que mide
á todos por su compás.

D. Pedro hace seña á Rocaberti de que vaya por los presos: Rocaberti desaparece por el torreon de la derecha.

D. PEDRO. A darte su despedida
tus amigos aquí vienen,
y á abrazarte se detienen
antes de perder la vida.
Tú les seguirás en pos
si desechas mi consejo:
doña Ana, solos os dejo
por vez última á los dos.

Vàse D. Pedro por la izquierda.

ESCENA XII.

D. JOFRE, D.ª ANA, D. GUILLEN, D. HUGO, D. ROGER, ROCABERTI y soldados en el foro.

D. GUILLEN. Llegó la hora de morir;
nos vamos á separar.

D. JOFRE. La mia no ha de tardar.

D.ª ANA. Oh Dios, qué horrible sufrir!

D. GUILLEN. Esta escarcela recibe,
doña Ana, que es el sagrado
recuerdo que yo he heredado
del mártir que ya no vive.
Entrégala á la condesa
de Provenza en su morada;
para dama enamorada,
prenda inestimable es esa.
Dila que contento muero,
pues que nuestra causa muere;
que mientras vive la quiere
su constante caballero;
que el valor no me abandona
ni el suplicio me embaraza;
que muero como mi raza;

que muero como un Cardona.

D.ª ANA. Se lo diré.

La escarcela y los demás objetos que recibe doña Ana los coloca sobre el banco de piedra.

D. ROGER. De tu padre
el capacete te entrego,
doña Ana, y yo te ruego
que se lo dés á mi madre.
A ella la debes decir,
lo que con afan te exijo,
que has visto marchar á su hijo,
bendiciéndola, á morir.

D.ª ANA. Descansa en mí.

D. HUGO. A mi vez
los guanteletes te doy,
el recuerdo que hasta hoy
usaba con altivez:
llévaselos á mi hermano
don Juan; de ley se los debo;
y dile, que aunque es mancebo,
que luche contra el tirano:
dile, que aunque el sino aleve
contra nosotros se encona,
que mientras viva un Cardona
á Cataluña se debe.

D.ª ANA. Es muy cierto.

D. JOFRE. Doña Ana,
en este instante postrero
darte no puedo el acero
del Príncipe de Viana.
De Rubinat en la accion,
al hallarnos sorprendidos
y solamente vencidos
por una infame traicion;
yo, colérico y sombrío,
esa veneranda espada,
por no verla profanada,
rompí y arrojé en el rio.

ROCABERTI. Es la hora.

D. GUILLEN. Pues á partir;
vengan, don Jofre, esos brazos.

D. JOFRE. El alma me hace pedazos
con vosotros no morir.

D. HUGO. Será mas tarde.

D. JOFRE. No estriba
en mí.

D. ROGER. Adios. Abrazándose tiernamente.
TODOS. Adios!
ROCABERTI. Andad. Empujándolos.
D.ª ANA. Ah!...
D. ROGER. Hasta la eternidad! Al marchar.
D. GUILLEN. Viva Cataluña!
TODOS. Viva!
Ultima despedida al perderse de vista.

ESCENA XIII.

D. JOFRE, D.ª ANA.

D. JOFRE. Van á morir mis fieles compañeros.
Dios en su gloria eterna los reciba!
D.ª ANA. Mas tú puedes salvarte.
D. JOFRE. Si ellos mueren,
dí, cómo quieres que con honra viva?
D.ª ANA. Tus sentimientos nobles ¡ay! me hieren
dentro del corazon; veo tu muerte
con rapidez llegar, y ellos me dicen
lo mucho que yo pierdo con perderte.
D. JOFRE. Nuestra causa murió, muero con ella;
vencida la nobleza catalana,
de nuestra pátria se apagó la estrella:
su independencia espirará mañana.
D.ª ANA. La pátria y su destino solo viven
en tu vacío corazon; deseo
ver en tí al hombre, y solo
al ciudadano veo.
D. JOFRE. Porque á la pátria yo todo lo inmolo...
hasta un afecto sin igual profundo
que siempre vive en mí.
D.ª ANA. Ay! no te creo.
D. JOFRE. Siempre dice verdad el moribundo;
mas sin saciar esta pasion inmensa,
mi sino quiere que abandone el mundo.
D.ª ANA. Otra pasion!
D. JOFRE. Amor desventurado,
amor no comprendido,
desde mis tiernos años albergado
en lo íntimo del pecho y escondido.
D.ª ANA. Y lo sientes aún!
D. JOFRE. Con fuerza loca;
y pues nada me liga ya á la vida,
salga en palabras por mi ardiente boca,
al darte mi postrera despedida.
Eres tú la mujer por mí elegida,

el ángel puro de mis sueños de oro.

D.ª ANA. Y tú... tú el sér heróico que soñaba,
cuyo eterno ideal en mí vivia,
que en vano yo buscaba
lejos de tí; en tí solo existia,
en tí solo en el mundo se encarnaba.

D. JOFRE. Tú me amas, oh Dios!

D.ª ANA. Con tu grandeza
rendiste mi alvedrío;
y ya en la copa bebo
de tu pasion, pasion fascinadora.

D. JOFRE. Amarme ella, Dios mio!
Lograr su amor para morir ahora!

D.ª ANA. Qué dices de morir! Deja que entregue
los pergaminos á don Pedro.

D. JOFRE. Gran violencia. Nunca!—

D.ª ANA. Es inútil, inútil que te ruegue!
Y tú sabes amar!...

D. JOFRE. Como ninguno:
pero van á morir mis compañeros,
y el caudillo es preciso que sucumba;
juntos hemos blandido los aceros;
junto á su tumba debe estar mi tumba.

D.ª ANA. Grande amor hay en tí!

D. JOFRE. No me comprendes!
A la pasion interna que me agita,
otra pasion magnánima avasalla;
la voz de mi amor calla
cuando la voz de mi deber me grita.

D.ª ANA. Yo lo comprendo, lo comprendo y... lloro;
débil mujer, cuando morir tú debes,
quiero que vivas... porque yo te adoro!

Llorando.

D. JOFRE. Horrible desventura!
Tener á nuestro alcance la ventura
y deber evitarla
y huir por siempre de su dulce alhago!...

Transicion y pausa.

Seamos dignos, ya que no dichosos,
pues que nacimos con destino aciago.
Ahoguemos el amor en nuestros pechos;
y, pues la suerte separarnos quiere,
nuestra ínclita nobleza
sellémosla con nuestros propios hechos.

D.ª ANA. Pues grande cual naciste, grande muere.

D. JOFRE. Ahora te reconozco; esa grandeza
es la que á voz en grito está pidiendo
la sangre de tu raza:
hija de un mártir, del martirio horrendo
con la palma te abraza;
hija de un héroe cuya sangre tiñe
de Cataluña el suelo profanado,
la corona de espinas
en tu frente real con valor ciñe,
que ciñeron las nobles heroinas.

ESCENA XIV.

Dichos, ROCABERTI, y soldados con alabardas.

ROCABERTI. Don Jofre, es hora ya.
D. JOFRÊ. Adios, doña Ana!
vive para la pátria... tú que puedes.
D.ª ANA. Si Dios es justo se alzará mañana,
para que sin venganza tú no quedes.
D. JOFRE. Te devuelvo tu herencia,
Le dá los pergaminos.
y ¡á Dios por siempre!
D.ª ANA. Adios! Se despiden tiernamente
D. Jofre parte y le siguen Rocaberti y los soldados.
Oh!
Grito de dolor profundo.
Vá á la muerte!

ESCENA ÚLTIMA.

D.ª ANA, despues ROCABERTI, luego D. PEDRO.

D.ª ANA. Oh! le van á matar! no lo consiento.
Fuera de sí.
Es mi amor! es mi amor! Aquí! socorro!
Gritando.
Rocaberti! venid!—Maldita suerte!
ROCABERTI. Esos gritos, doña Ana... Saliendo.
D.ª ANA. Toma, toma;
Le entrega los pergaminos.
corre, busca á don Juan y esto le entrega.
Salva á don Jofre; corre, á tiempo llega.
ROCABERTI. Es ya muy tarde.
Dice esto Rocaberti mirando adentro y suponiendo que ha visto decapitar á D. Jofre.—Váse.

D.ª ANA. Ah! yo desfallezco.

Cae desvanecida sobre el banco.

D. PEDRO. Su cabeza rodó; mi poderío Saliendo.
empieza con su muerte; que el monarca,
de Navarra me entrega el señorío
si los pliegos le doy... Aquí doña Ana
exánime al saber la fatal nueva...
me brinda la ocasion, y la aprovecho.

Avanza resueltamente hasta ella.

Si en la escarcela el pergamino lleva,
lograré lo que tanto he codiciado.

D. Pedro se inclina hácia el banco donde está tendida D.ª Ana, y le registra la escarcela.

No están aquí!

D.ª Ana vuelve en sí; sorprende á D. Pedro al ir á registrarla, y sin darse cuenta de lo que hace, fuera de sí, se avalanza sobre él, sorprendiéndole, y le coje el puñal.

D.ª ANA. Quién es!... Tú!!! Miserable!

Al decir miserable, clava el puñal en el corazon de D. Pedro con toda la fuerza de la desesperacion; D. Pedro cae muerto.

D. PEDRO. Ah! muerto soy!

D.ª ANA. Irguiéndose. Don Jofre, te he vengado!

Dice estas últimas frases dirigiéndolas al cielo, y sale de la escena con rapidez.

FIN DEL DRAMA.

OBRAS DRAMÁTICAS

DE

D. JACINTO LABAILA.

EL ARTE DE HACERSE AMAR, comédia en un acto, en verso.

LA NAVE SIN PILOTO, drama en 3 actos, en verso.

LA OCASION HACE AL LADRON, probervio en un acto, en prosa.

EL GRITO DE LA CONCIENCIA, drama en 3 actos, en prosa, arreglado del francés.

LA PROVIDENCIA, drama en 3 actos, en verso.

¡OJO AL CRISTO! comedia en 3 actos, en prosa.

EL PRIMER AMOR, zarzuela en un acto, en verso.

LOS COMUNEROS DE CATALUÑA, drama histórico en 3 actos, en verso.

Obras no dramáticas del mismo autor.

ECOS DE LA JUVENTUD, coleccion de poesías, un volúmen.

MESA REVUELTA, miscelánea de artículos, leyendas, poesías, novelas, fragmentos, ideas sueltas, etc., etc., en colaboracion con D. Pedro Manuel Yago.

FLORS DEL TURIA, coleccion de poesías valencianas, precedidas de un prólogo escrito en catalan, por don Víctor Balaguer.

JUAN MUÑOZ Y COMPAÑÍA, EDITORES

LA SULTANA LOCA

NOVELA HISTORICA

POR

DON JULIAN CASTELLANOS Y VELASCO

Cuaderno 21.—Ocho entregas, 64 páginas.

PRECIO, DOS REALES

MADRID

ADMINISTRACION: CALLE DE LA ESGRIMA, NÚM. 2, 2.° DERECHA

1881

LIBRARY OF CONGRESS
0 022 011 984 1